

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmadista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 8

**Octubre-noviembre-
diciembre, 2015**

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ; 1'5£

América del Norte: US \$ 2

América Latina: US \$ 1'5

CUARENTA AÑOS DE PAZ

En 2015 se cumplen 40 años de la muerte de Franco y del comienzo formal de la Transición a la democracia. Naturalmente, es solo la necesidad burguesa de dotar al régimen constitucional de una historia coherente con sus postulados (superación de la división en clases de la sociedad, régimen de garantías y derechos, etc.) la que puede dar valor a este aniversario. No es muy difícil entender que no es en 1975, ni en 1973 con la muerte de Carrero Blanco, ni en 1969 con el nombramiento de Juan Carlos como sucesor del Caudillo, donde se deben buscar los orígenes del paso de la forma del estado dictatorial a la democrática: hay que remontarse a 1956, año en el que la

primera generación de jóvenes burgueses descendientes directos de la facción de la burguesía vencedora en la Guerra Civil, se manifiestan contra las formas dictatoriales de gobierno y pasan a constituir el embrión de lo que, 20 años después, serán las corrientes políticas que garanticen el correcto tránsito de una fórmula de gobierno a la siguiente. Pero, en cualquier caso, el año 1975 tiene una importancia de primer orden porque es desde esta fecha que la burguesía ya plenamente democrática hace el balance de su gobierno y le presenta al proletariado los resultados, con el fin de mostrarle que el régimen democrático y parlamentario ha supuesto, para él, una mejora

en términos absolutos respecto a la situación anterior. Si para la retórica franquista, que perduró incluso cuando el régimen ya se encontraba completamente deformado respecto de lo que había supuesto en un primer momento, fue 1939 el primer año de la salvación definitiva de la Patria, 1975 juega el mismo papel hoy en día, cuando Patria, Raza, Nación y Estado han sido sustituidos en el argot ideológico de la burguesía por Democracia, Parlamento y otros tantos términos más adecuados pero con el mismo contenido anti proletario de aquellos.

(sigue en pág. 2)

OMNIA SUNT COMMUNIA

Finalmente las elecciones municipales y autonómicas no han supuesto el terremoto político que se esperaba por todas partes. Madrid, Barcelona, Cádiz y alguna ciudad de entidad política menor han caído en manos de las candidaturas de Unidad Popular que promovía Podemos. Otras lo han hecho en manos de diversas fuerzas de izquierda, como Pamplona, donde Bildu encabeza una coalición parlamentaria que ha desalojado a UPN o las ciudades gallegas donde las llamadas mareas han triunfado. ¿Ya ha tenido lugar el terremoto? ¿Ha pasado el tsunami del cambio? ¿O se debe continuar esperando a las generales? (y después a una mayoría más amplia, y después a una un poco mayor aún, y después...) Los voceros de los recién llegados al poder nos dicen que sí, que esto es

todo. Un cambio de ideas, de caras, de moral, de intenciones, pero sobre todo un cambio del que no se deben esperar grandes cosas. En Madrid los concejales de distrito «dialogan» más que sus predecesores populares con los «movimientos sociales»; en Barcelona se ha parado la construcción de nuevos hoteles; en Cádiz el nuevo alcalde se pone delante de la Policía Nacional en los desahucios. Pero en Madrid, en Cádiz, en Barcelona y en todas partes las colas de los comedores sociales siguen creciendo, los salarios siguen cayendo, continúan los despidos en todas las empresas, mientras que sus nuevos concejales hablan de la «nueva manera de hacer política».

(sigue en pág. 6)

EN ESTE NÚMERO

- Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y sobre las posibilidades de su reanudación.
- La policía asesina en Salou a un inmigrante. ¡Mossos de Esquadra asesinos! ¡Ayuntamiento, Generalitat y Estado culpables!
- Grecia demuestra una vez más que es imposible luchar contra los ataques capitalistas por la vía electoral y reformista
- La «Izquierda de la Izquierda griega» y el referéndum
- Algunas cifras sobre Grecia y su endeudamiento

Cuarenta años de paz

(viene de la pág. 1)

España no es diferente

En los trabajos que nuestro partido realizó al acabar la II Guerra Mundial y que sirvieron para restaurar la doctrina marxista en sus justos términos frente a la corrupción que en este terreno acompañó a la contra revolución encabezada por socialdemocracia y estalinismo, se expusieron claramente los términos en los cuales las potencias democráticas que vencieron militarmente a aquellas dictatoriales (Italia fascista, Alemania nazi y Japón imperial) adoptaron plenamente las fórmulas políticas del fascismo como modo de gobierno en todo el mundo. Por ejemplo, en nuestros textos *El ciclo histórico de la economía capitalista* y *El ciclo histórico de la dominación política de la burguesía* (publicados ambos en *El Programa Comunista* nº 21) está expuesta claramente la relación que existe entre el paso de las formas liberales de la economía capitalista en sus primeros tiempos a las formas propias del capitalismo imperialista (economía de los trust y monopolios, fusión del capital industrial con el bancario, expansión imperialista) y la evolución del andamiaje político del gobierno de la burguesía:

«A medida que la iniciativa privada cede el paso ante el prevalecer de los formidables entrelazamientos de las actividades coordinadas en la producción de mercancías, en su distribución, en la gestión de los servicios colectivos, en la investigación científica en todos los campos, se vuelve impensable ningún tipo de autonomía de iniciativa también sobre el terreno político [...]

Así pues, desde hace varios decenios, y con un ritmo cada vez más decidido, incluso la política gubernamental de la clase dominante se desenvuelve hacia formas de estricto control, de dirección unitaria, de estructura jerárquica y fuertemente centralizada [...]

Este Estado y esta forma política moderna, esta forma que tiende a sustituir generalmente en el mundo moderno a la del liberalismo democrático clásico, no es otra forma que el fascismo moderno.»

Para la burguesía que luchó contra los envites del proletariado internacional al acabar la I Guerra Mundial, el fascismo, en cualquiera de sus variantes nacionales, significó un cambio en la forma del dominio que ejercía sobre la sociedad. Acosada tanto por el caos económico aparecido tras la guerra como, sobre todo, por la lucha de clase del proletariado que tuvo su culmen en

la Revolución Rusa dirigida por el Partido Bolchevique y que se extendió por toda Europa, la burguesía tuvo que renunciar definitivamente a las fórmulas del gobierno democrático liberal que la acompañaban, con distintas variantes locales, desde su aparición como clase dominante. Estas fórmulas habían caducado no sólo porque para vencer sobre el proletariado que se había dotado de órganos centralizados de combate había que utilizar métodos similares y por lo tanto completamente diferentes a aquellos que la democracia proporcionaba, sino también porque el propio desarrollo capitalista había hecho inviables las unidades productivas aisladas, compitiendo entre ellas, derrochando valiosos recursos. El desarrollo de las fuerzas productivas, tanto el de la fuerza productiva-proletariado como el de la fuerza productiva-capital, se rebeló contra las formas de propiedad que sustentaban el gobierno liberal de la burguesía; para intentar salvar la vida a aquellas la burguesía hubo de renunciar a este, es decir, para mantener su dominio de clase inalterado en el contenido tuvo que modificar la forma en que este se ejercía. El fascismo fue, por lo tanto, la continuación natural del dominio de clase de la burguesía después de que la posibilidad de mantener este democráticamente se agotase y adquirió sus características esenciales no de una supuesta regresión a épocas pre burguesas sino de la manera con que la burguesía tuvo que luchar para que su etapa en la historia no desapareciese.

«Desde el punto de vista económico, el fascismo puede definirse pues como una tentativa de autocontrol y autolimitación del capitalismo, tendente a frenar con una disciplina centralizada los efectos más alarmantes de los fenómenos económicos que tornan incurables las contradicciones del sistema.

Desde el punto de vista social, puede definirse como la tentativa de la burguesía (que había nacido con la filosofía y la psicología de la autonomía y del individualismo absolutos) de darse una conciencia colectiva de clase, y de contraponer sus propias formaciones y encuadramientos políticos y militares a las fuerzas de clase amenazantes que se determinan en la clase proletaria.

Políticamente, el fascismo constituye la fase en que la clase dominante descarta como inútiles los esquemas de la tolerancia liberal, proclama el método de gobierno de un único partido y liquida las viejas jerarquías de sirvientes del

capital demasiado gangrenadas por el empleo de los métodos del engaño democrático.

Por último, en el plano ideológico, el fascismo no sólo revela no ser una revolución, sino ni siquiera un recurso universal seguro de la contra revolución burguesa, al no renunciar, porque no puede hacerlo, a enarbolar una mitología de valores universales. A pesar de haberlos invertido dialécticamente, se apropia de los postulados liberales de la colaboración de clases; habla de nación y no de clase; proclama la igualdad jurídica de los individuos; y sigue presentando falazmente su propio andamiaje estatal como la emanación del conjunto de la sociedad»

(Extraído de *El ciclo histórico de la dominación política de la burguesía*, en *El Programa Comunista* nº21)

Puede verse, a la luz de la cita anterior que es un buen ejemplo del trabajo de nuestro partido sobre el terreno de la lucha teórica, que la variante franquista española del fascismo fue la encargada de realizar un programa de ajuste económico, político, social e ideológico análogo al que Mussolini o Hitler realizaron en Italia y Alemania. Pero mientras que estos dos países vieron caer los regímenes fascista y nazi que llevaron a cabo de manera expeditiva este programa de salvación burguesa, el franquismo sobrevivió en el poder durante casi cuarenta años. Estos cuarenta años vieron realizarse la modernización definitiva del aparato productivo del país: la industrialización de los principales sectores económicos, la tecnificación del campo y el progresivo abandono de la mano de obra sobrante en este, la renovación del sector bancario y la llegada de las inversiones del capital extranjero. El franquismo, además de asumir las tareas previamente expuestas, realizó también la labor de puesta al día, en relación a sus vecinos europeos, de las fuerzas productivas del capitalismo español y lo hizo en gran medida impulsado por el crecimiento económico derivado de la reconstrucción post bélica que fermentó en toda Europa y América durante los llamados *Treinta Gloriosos*. Esto implicó que mientras que en Europa se mostraba claramente la continuidad indisoluble entre la labor realizada por los regímenes fascistas y sus sucesores democráticos tanto en el terreno económico como en el político y social, en España pudiese mantenerse en pie la ficción de que las fórmulas comunes a toda la burguesía internacional se mantenían como una peculiaridad derivada de la pervivencia de un vestigio político ya liquidado fuera de ella. De esta manera, las con-

secuencias de la industrialización acelerada que el proletariado sufrió en sus carnes podían ser vinculadas por la naciente «oposición democrática» a características propias del franquismo y no a las necesidades del desarrollo del capitalismo español, que en esta época realizó su despliegue definitivo y aún hoy día la burguesía pone en 1975 el diapasón entre un régimen de opresión y uno de libertad, delimitando las tensiones sociales que quedan a un lado de este como propias de una dictadura (y por lo tanto legítimas) y las que quedan al otro como anatemas de la libertad conseguida (y por lo tanto terroristas, por usar la jerga actual).

De hecho, si realmente el régimen democrático posterior a la Transición hubiese sido un cambio radical frente a la opresión franquista, si hubiese derribado las bases sobre las que se levantó este y que son las propias del capitalismo desarrollado en todo el mundo desde la entrada en la fase imperialista (es decir, concentración del capital, dominio del capital financiero sobre la actividad productiva, formas totalitarias de gobierno, etc.) España no habría estrenado una nueva democracia sino que, sencillamente, habría vuelto al régimen de turnos previo a la dictadura de Primo de Rivera en el terreno político y a la tradicional alianza del capital industrial catalán con la burguesía agraria castellana en el terreno económico. Obviamente ni el desarrollo de la industria se iba a invertir ni la democracia liberal tal y como la conoció el país iba a volver. La muerte de Franco en 1975 no dio lugar a una restauración democrática española en sus términos liberales, sino a una democracia idéntica a aquella aparecida en las potencias vencedoras de la II Guerra Mundial que habían asumido los postulados fascistas como modo de gobierno y que obedecían a las leyes inapelables del desarrollo del capitalismo en su fase más avanzada. Concretamente la naciente democracia española obedeció a un modelo determinado tanto por el que se había impuesto en el resto del mundo treinta años antes como por el de nuevas necesidades que al dominio de la burguesía se le presentaron con la llegada de la crisis capitalista mundial de 1973.

Ni reforma ni ruptura

En los libros de texto se enseña que durante la Transición se enfrentaron dos posiciones acerca de cómo dejar atrás el régimen franquista: reforma o ruptura. Dando como algo obvio que el capitalismo español no sufrió una ruptura ni una reforma en el proceso

de Transición, que las fábricas de automoción no se extirparon del suelo ni se repobló el campo andaluz ¿se produjo quizá una ruptura en el terreno político? Parece claro que no. Más aún ¿podía alguna facción de la burguesía española encabezar un proceso de reforma? La respuesta, de nuevo, es que no. En un texto de 1946, nuestro partido definió el *reformismo* como la característica de los movimientos que, pese a que no buscan desbaratar brusca y violentamente las instituciones tradicionales, advierten que las fuerzas productivas empujan demasiado fuerte y propugnan modificaciones graduales y parciales en el orden vigente. Estos movimientos no han aparecido en la historia de manera aleatoria sino respondiendo a momentos cruciales del desarrollo de esta en los que este empuje de las fuerzas productivas se combina, aún, con la posibilidad de ciertas reformas políticas que eviten el estallido social:

La clase capitalista aparece en la historia como una fuerza antiformalista y sus energías imponentes la conducen a franquear todos los obstáculos, materiales e ideales; sus pensadores derriban los antiguos cánones y las antiguas creencias de la manera más radical.

A las teorías de la autoridad por derecho divino las sustituyen las de la igualdad y libertad política, de la soberanía popular y se proclama la exigencia de institutos representativos, pretendiendo que, gracias a estos, el poder sea expresión de la voluntad colectiva libremente manifestada.

El principio liberal y democrático en esta fase aparece netamente revolucionario y antiformalista, tanto más cuanto que no se realiza por vías pacíficas y legalistas sino que triunfa a través de la violencia y el terror revolucionario, y es defendido de retornos restauradores con la dictadura de las clases vencedoras.

En la segunda fase, ya estabilizado el sistema capitalista, la burguesía se proclama exponente del mejor desarrollo y del bienestar de toda la colectividad social y recorre una fase relativamente tranquila de desarrollo de las fuerzas productivas, de conquista con su propio método de todo el mundo habitado, de intensificación de todo el ritmo económico. Esta es la fase progresiva y reformista del ciclo capitalista.

El mecanismo democrático parlamentario en esta segunda fase burguesa vive paralelamente al direccionamiento reformista, interesando a la clase dominante en hacer su propio ordenamiento como susceptible de explicar y manifestar los intereses y las reivindicaciones de las clases trabajadoras. Sus gobernantes sostienen que pueden satisfacerlas

con providencias económicas y legislativas que subsisten en los márgenes jurídicos del sistema burgués. Parlamentarismo y democracia no tienen ya el carácter de consigna revolucionaria, pero asumen un contenido reformista que asegura el desarrollo del sistema capitalista, conjurando choques violentos y explosiones de la lucha de clase.

La tercera fase es aquella del moderno imperialismo, caracterizado por la concentración monopolística de la economía, por el surgimiento de los sindicatos y trust capitalistas, de las grandes planificaciones dirigidas por los centros estatales. La economía burguesa se transforma y pierde los caracteres clásicos del liberalismo por los cuales cada patrón de empresa era autónomo en sus elecciones económicas y en sus relaciones de intercambio. Interviene una disciplina cada vez más estricta de la producción y de la distribución; los índices económicos no resultan ya del juego libre de la competencia, sino de la influencia de asociaciones entre capitalistas en primer lugar, de órganos de concentración bancaria y financiera después y finalmente del Estado. El Estado político, que en la acepción marxista era el comité de intereses de la clase burguesa y la tutelaba como órgano de gobierno y de policía, deviene cada vez más un órgano de control y también de gestión de la economía.

(Tracciato d'impostazione en I testi del partito comunista internazionale, vol.1; Edizioni il programma comunista)

A la hora de producirse la Transición del régimen franquista a la democracia, no sólo España sino la totalidad de los países capitalistas del mundo se encontraban desde hacía varias décadas en la *tercera fase*, en la fase imperialista. Esto significa que la burguesía española, definitivamente inmersa en el juego de alianzas y rivalidad con el resto de burguesías nacionales, úni-

(sigue en pág. 4)

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

Cuarenta años de paz

(viene de la pág. 3)

camente podía dar como respuesta a los problemas de fluidez de las relaciones capitalistas de producción y de su propio gobierno una respuesta acorde con las características del estado totalitario, heredero y continuador de la forma franquista. Ninguna veleidad *reformista*, en el sentido histórico del término, le estaba permitida a ninguna de las facciones burguesas en un momento en el que, a lo sumo, podían *reestructurar* el aparato estatal de la misma manera que unos años después reestructurarían la economía nacional *de acuerdo a un plan centralizado*. El dominio burgués sobre la sociedad permaneció inalterado tanto en su contenido como en sus formas. La *legalidad*, principio básico de la sociedad burguesa mediante el cual la clase dominante somete jurídicamente a las clases subalternas con el recurso a la fuerza como *ultima ratio*, permaneció inmutable adecuando tan sólo una serie de preceptos para abrir la posibilidad de existencia legal a las fuerzas políticas capaces de integrarse en la estructura estatal y jugar en ella el papel de elementos de contención social. Es decir, el código legal franquista admitió en su seno a los que hoy se conocen como «agentes sociales» para que desarrollasen desde él la labor de encuadrar tanto al proletariado como a otros estratos sociales en los márgenes del orden vigente. Una serie de derechos se reconocieron en términos sumamente limitados (asociación, siempre sancionada por el Estado; prensa, obligada a respetar la legalidad; huelga, limitada por las disposiciones gubernamentales) y siempre bajo la amenaza de ser suspendidas por el desarrollo de una legislación específica (como sucedió con la ilegalización de las organizaciones del ámbito *abertzale* a partir de los primeros años de este siglo). El resto de puntos críticos, especialmente los que atañen más directamente al proletariado, permanecieron en esencia inalterados y, poco a poco, fueron endureciéndose más aún (policía, prisiones, etc.)

El *Estado*, forma jurídica superior de la sociedad dividida en clases, también permaneció inmutable. El famoso *harakiri* de las Cortes franquistas escenificó perfectamente el traspaso de poderes de unos representantes de la burguesía a otros que prometían no alterar nada. De esta manera la unidad nacional ha continuado siendo el punto basilar sobre el que se ha desarrollado la democracia actual y al que se

consagran todos los esfuerzos que la burguesía exige una y otra vez al proletariado. El Ejército, moldeado a partir de la victoria del bando franquista en la Guerra Civil, fue rápidamente asegurado en sus funciones y a través de él la burguesía nacional ha materializado parte de su inserción en las alianzas estratégicas con otras burguesías. Finalmente, la monarquía, diseñada al detalle por el entorno más cercano a Franco, ha cumplido la labor de colocar un punto de referencia por encima de la disputas coyunturales de las facciones burguesas, exactamente la misma función que cumplió el dictador cuando el régimen franquista comenzó su apertura al exterior.

Por último, el engranaje del colaboracionismo sindical, desarrollado ya desde el *Fuero del Trabajo* y perfilado en las dos últimas décadas del franquismo, si bien perdió al Sindicato Vertical, vio cómo se mantenía el andamiaje legal capaz de mantener esta colaboración. El mismo andamiaje que permitió a los sindicatos democráticos, una vez adheridos definitivamente al plan de reajuste económico del capitalismo nacional, insertarse en el Estado y gestionar buena parte de los amortiguadores sociales que han constituido la base de la paz social durante cuatro décadas.

El resto de instituciones estatales pueden reducirse a los términos expuestos arriba. Especialmente claro es el caso de los partidos políticos, que por encima de sus vaivenes electorales, han constituido el *partido único de la democracia*, capaz de imponer la disciplina política y social, sobre todo desde que promovieron los Pactos de la Moncloa como verdadero programa político, económico y social que aún hoy se mantiene con plena vigencia. La democracia española ha avanzado por el terreno trillado del fascismo. Ha asumido sus principios básicos dentro de un molde renovado que permite una mejor adecuación a las exigencias que el fin del periodo de bonanza de la segunda postguerra puso sobre la mesa. Todas las discusiones acerca de si las cosas podrían haber sido diferentes olvidan que los regímenes políticos, cualquiera que sea su nombre, no son la causa sino el efecto del curso social, que se encuentra a su vez férreamente determinado tanto por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas como por el choque de estas con las relaciones jurídicas de la propiedad capitalista, cuyas consecuencias la burguesía trata continuamente de evitar.

Viejas respuestas a falsas preguntas

La crisis capitalista mundial ha provocado convulsiones en las principales potencias capitalistas. Los programas de ajustes y austeridad han sido la primera respuesta que la burguesía ha dado para frenar la caída de la tasa de beneficio e intentar mantener a flote las diferentes economías nacionales. En ningún caso estas medidas han supuesto un cambio en la trayectoria que había seguido el capitalismo durante las últimas décadas. No se trata de que bajo algún tipo de presión «popular», hasta 2008 el capitalismo hubiese sido obligado a asumir formas y características «sociales» mientras que ahora ha torcido su rumbo y recae en la barbarie y en el despotismo. Se trata simplemente de que la crisis capitalista ha puesto al descubierto un curso que la época de bonanza previa mantenía velado.

La crisis de 2008 y todas las consecuencias políticas y sociales que ha traído no son otra cosa que una manifestación de las fuerzas materiales sobre las que se levanta el modo de producción capitalista y no ha provocado ningún cambio, drástico ni suave, en el contenido de este, como tampoco ha implicado el paso a una nueva etapa de su desarrollo. Ni siquiera en el terreno de la estructura política y jurídica de la nación ha conllevado ningún tipo de modificación. La aparición sobre el tablero electoral de nuevas fuerzas políticas que pretenden representar los intereses de un vago y heterogéneo «pueblo» son una versión rediviva del oportunismo político clásico que se desarrolló a lo largo de las décadas del crecimiento económico en toda Europa y que, en España, una vez acabado el régimen franquista, disfrutó durante décadas del poder como única fuerza capaz de llevar a cabo la reestructuración política y económica del país.

El programa de estas fuerzas políticas, tanto en el terreno local como en el general, consiste en una renovación democrática que reestablezca el «consenso» político y social que dio lugar a la Transición. De esta forma, todas las afirmaciones realizadas por PODEMOS y las diferentes candidaturas de Unidad Popular que han surgido y continuarán surgiendo hasta las próximas elecciones generales, vienen a refrendar la necesidad de apuntalar las fisuras que han aparecido en el edificio del Estado burgués. El «consenso» de la Transición significó el pacto realizado por las distintas facciones de la burguesía y de sus agentes entre el proletariado (los partidos llamados socialista y comunista así como el conjunto de los sindicatos democrá-

ticos) para adecuar los resortes del Estado a las nuevas necesidades que se imponían, garantizando la pervivencia de las estructuras básicas del régimen franquista que eran las propias de todos los estados totalitarios del mundo capitalista. Así como entonces la democratización significó redoblar la presión que este Estado ejercía sobre el terreno económico (y por lo tanto sobre la existencia cotidiana del proletariado) hoy la «regeneración» democrática cubre las nuevas necesidades que tiene la burguesía, una vez que la crisis económica ha evidenciado, sacando en todo el mundo a las clases subalternas a la calle, que el pacto social previo era un pacto contra estas clases y especialmente contra el proletariado.

Un nuevo régimen es inviable. El desarrollo de la fase imperialista del capitalismo es el que ha determinado la configuración del Estado fascistizado, sea cual sea el mito demo-liberal al que se remita, como única forma viable para la burguesía que aspira a prolongar indefinidamente su dominio de clase. La época histórica del reformismo se acabó con los sueños pacifistas que dieron lugar a la I Guerra Mundial y no es posible ninguna reforma que altere sustancialmente la definitiva versión totalitaria del sistema institucional burgués. Si hasta entonces el reformismo podía levantarse sobre la ilusión de ciertas capas del proletariado de ser incluidas progresivamente dentro del sistema capitalista en unas condiciones aceptables, hoy se ha cerrado la puerta incluso a la más mínima colaboración entre clases. Ni la burguesía está dispuesta a colaborar ni va a intentar algo que no sea gestionar el retardo de futuros estallidos sociales. Para esta labor va a exigir a sus aliados, a aquellas fuerzas políticas que buscan la participación del proletariado en la democracia parlamentaria moderna, que se encarguen únicamente de gestionar sus políticas de ajuste, garantizando en todo momento y por encima de cualquier otro postulado, la buena marcha de la economía nacional y la imposición de una férrea disciplina al proletariado. Esta es la realidad del programa de «regeneración» democrática y a medida que estas fuerzas políticas vayan ocupando sus lugares, tanto en el gobierno como en la oposición, el proletariado podrá comprobar cómo todas las ilusiones reformistas se disipan ante la imposibilidad de lograr tan siquiera mínimas mejoras en ningún ámbito.

En el periodo de entreguerras, durante los años de mayor tensión social que

ha conocido el mundo capitalista, nuestra corriente, la Izquierda Comunista de Italia, afirmó que la secuencia histórica no sería de ninguna manera FASCISMO-DEMOCRACIA-REVOLUCIÓN porque entre los dos primeros términos de la serie no existía una oposición real y el primero debía seguir al segundo (y no al revés). En su lugar, colocó los términos así: DEMOCRACIA-FASCISMO-DICTADURA DEL PROLETARIADO. Noventa años han dado la razón a esta posición. De las democracias liberales se pasó al fascismo y a las formas fascistas del Estado que han perdurado hasta hoy. En ambos momentos históricos el contenido real, dado que ni democracia ni fascismo tienen ninguna energía histórica propia, ha sido la dictadura de la clase burguesa. En este sentido, los comunistas veremos en el incremento de la presión burguesa sobre el proletariado, en la liquidación de cualquier vestigio democrático, un acercamiento a nuestra revolución. Para nosotros la alternativa histórica real continúa siendo: DICTADURA BURGUESA O DICTADURA DEL PROLETARIADO.

Pese a que las fuerzas del partido revolucionario sean escasas hoy día hasta el punto de no representar otra cosa que el más pequeño embrión del partido compacto y potente que deberá dirigir el asalto revolucionario, todas nuestras energías están encaminadas a preparar, en cada pequeño conflicto, en cada grieta que se abre en la sociedad burguesa, la lucha por la dictadura del proletariado, forma despótica del poder revolucionario que extirpará mediante el terror rojo el terror reaccionario de la burguesía y organizará la transformación socialista de la sociedad.

Ninguna coyuntura especial, ninguna reforma de este o aquel aspecto del capitalismo y de su Estado, cabe en esta perspectiva, que es la que el desarrollo del propio capitalismo ha puesto a la orden del día.

Dónde puedes encontrar **'EL PROLETARIO'**

La Rosa del Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj 28001 -
Barcelona

Enclave de libros
C/ Relatores, 16
28012 - Madrid

Librería Primado
Avda. Primado Reig 102 46010 -
Valencia

Librería Sandoval
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

« Il Comunista »

Nº 138, Aprile 2015

- I proletari di ogni paese devono rimettere al centro della loro lotta esclusivamente le condizioni della loro esistenza e gli interessi della loro classe che vanno oltre il quadro dei rapporti di produzione e di proprietà borghesi e che coinvolgono l'intero genere umano

- Proletariato palestinese e proletariato israeliano

- Verso una ricaduta del capitalismo mondiale nella crisi

- Indebitamento inarrestabile

- Tasso di disoccupazione

- Italia: malaffare e leggi inefficaci vanno sempre a braccetto

Giornale bimestrale -

Una copia 1,5 €; 5 FS; £ 1,5 -
Abbonamento: 8 €; 25 FS; £ 6 -
Abbonamento di sostegno 16 €; 50 FS; £ 12.

«el programa comunista»

Nº51, Abril de 2015

- El capitalismo mundial en la antesala de una nueva crisis
- El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (Fin) (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)
- Notas de lectura: Italia 1919-1920. Los dos años rojos, o cómo 'Lutte Ouvrière' reescribe la historia
- Notas de lectura: «Bordiga más allá del mito». El valor y los límites de una experiencia revolucionaria
- Pequeño diccionario de clavos revisionistas. Activismo.
- Tesis sobre la «cuestión china» (1964).
- Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial. Tesis suplementarias sobre la cuestión nacional y colonial. II Congreso de la Internacional Comunista. Moscú, julio 1920).

REVISTA TEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

OMNIA SUNT COMMUNIA

(viene de la pág. 5)

¿Importa esto? Ciertamente, si la normalidad en las relaciones de explotación y opresión capitalistas, que padece el proletariado en su piel, no fuese acompañada de un cínico discurso de «cambio» y de «victoria del pueblo», poco habría que añadir a nuestro posicionamiento histórico respecto al circo electoral: la democracia es el arma con que la burguesía derrota al proletariado sobre el terreno de la mistificación de la lucha que realmente aparece entre los intereses contrapuestos de ambas clases. El proletariado es llamado a participar en este circo para que se olvide de reemprender una lucha que le es imprescindible para imponer sus exigencias tanto sobre el terreno inmediato de la defensa de sus condiciones de existencia como sobre el terreno político de la lucha revolucionaria por la desaparición de la sociedad dividida en clases. La realidad del agravamiento continuado de la situación de los proletarios sea cual sea el resultado de estas elecciones es su confirmación plurianual.

Pero hoy, cuando las principales ciudades por número y concentración del proletariado han caído en manos de la llamada nueva izquierda, por todas partes se repite que ya no se trata sólo de que los proletarios deban confiar en el mecanismo electoral para hacer valer sus necesidades ante la burguesía, sino que esta habría sido poco menos que desalojada del poder local y que los Ayuntamientos que se han constituido son el *non plus ultra* de la lucha de clases moderna.

Al constituirse el Ayuntamiento de la capital, a la hora de que cada nuevo concejal de este tomase su puesto, la jura protocolaria del cargo ha sido un ejemplo de esta hipócrita afirmación. Después de que tantos otros lo hiciesen aceptando «por imperativo legal» la Constitución (estúpida frase que resume del todo el cretinismo parlamentario: ¿por qué, si no es por imperativo legal, va a aceptarse el imperio de la Ley?) en Madrid, una serie de concejales que provienen de la izquierda vinculada a los movimientos sociales, han tenido la desfachatez de afirmar que *omnia sunt communia*, es decir, que todo es de todos, dando a entender que esa será la política que seguirán y defenderán desde su puesto.

Omnia sunt communia fue la consigna que los campesinos alemanes mantuvieron como divisa en la guerra

que libraron contra el Imperio y la nobleza en las primeras décadas del siglo XVI. En su boca, este grito expresaba la verdad de un proto comunismo con el que pretendían oponerse al poder cada vez más opresivo de todas las clases que se situaban por encima de ellos. Nobleza, patricios, alto clero, pero también la pequeña burguesía de las ciudades y gran parte del clero reformista que entonces era la punta de lanza del enfrentamiento con la Iglesia Católica, eran vistos por el campesinado y las clases plebeyas como los enemigos a abatir. Contra ellos *omnia sunt communia* significaba la exigencia de una igualación económica que suprimiese privilegios, señoríos, simonías e impuestos. En esta afirmación radicaba, por lo tanto, la brillante intuición de que la riqueza creada por las clases populares, que era después disfrutada por los estamentos superiores y que se volvía contra dichas clases en forma de un acrecentamiento del poder que sobre ellas ejercían, que esta riqueza, decimos, debía ser disfrutada en primer lugar por aquellos a cuyo trabajo se debía.

La llamada guerra de los campesinos, que tuvo en el año 1525 y en Tomas Münzer su fecha y su protagonista más relevante respectivamente, fue librada en el contexto más amplio de las agitaciones que golpearon al Sacro Imperio Romano Germánico en el momento en que baja nobleza y comunidades urbanas se agitaron, con la Reforma religiosa como bandera bajo la que portar sus verdaderas exigencias de clase, contra las rígidas fórmulas feudales que el propio desarrollo de la sociedad imperial iba desgastando hasta el punto de que su desaparición se hizo inevitable. En esta guerra el campesinado y las demás clases populares lucharon junto a la baja nobleza (verdadera clase nacional alemana que aspiraba a instaurar la unidad imperial con ella como columna vertebral) y los burgueses urbanos. Hicieron suyo su programa, especialmente en lo referente a la crítica del poder temporal de la Iglesia católica, exigiendo sobre este terreno una restauración de la «Iglesia primitiva» y que se impusiese a través de ella una verdadera igualdad social en lo referente a los diferentes niveles de propiedad existentes en la sociedad feudal y por lo tanto la igualación de los diferentes estamentos que componían esta. Lejos de toda ingenuidad, hablando el lenguaje de su época, que era el de las relaciones de producción feudales y su correlato doctrinal cristiano, el movimiento campesino llegó a generar un

verdadero partido revolucionario, el encabezado por Münzer, que estaba compuesto únicamente por una pequeña minoría del campesinado rebelde y que planteó abiertamente las consecuencias que aparecían implícitas en las reivindicaciones de la sublevación: libre elección y destitución de los sacerdotes por la comunidad; la supresión del pequeño diezmo y la utilización del gran diezmo para fines públicos; después de pagados los haberes de los curas; además pedían la restricción de los servicios personales, tributos e hipotecas, la restitución de los montes comunales y particulares ocupados arbitrariamente, el restablecimiento de sus privilegios suprimidos y el cese de las arbitrariedades de la justicia y de la administración.

La rebelión de los campesinos fracasó. En 1525 lo que estaba realmente en juego era la reorganización de la vida de la nación alemana según los postulados de un programa revolucionario que, entonces, sólo podía ser burgués y capitalista. Ni la propia burguesía urbana naciente, débil y sometida a una relación clientelista con la nobleza que le impedía defender tan siquiera su propio programa, ni la baja nobleza ni tan siquiera los campesinos, en cuyas agitaciones se encontró casi siempre el inicio de las revueltas del resto de las clases, pudieron imponer sus exigencias. De hecho, el principal efecto de la guerra de los campesinos fue agudizar y consolidar la división política de Alemania.

Sobre esta derrota, sufrida después de que el propio Münzer fuese impuesto como presidente del «Consejo Eterno» que regía el Ayuntamiento de Mühlhausen una vez se destituyó al viejo gobierno patricio, Engels, a cuyo libro *La guerra de los campesinos en Alemania* pertenecen todas las referencias de este artículo, escribió:

Lo peor que puede sucederle al jefe de un partido extremo es ser forzado a encargarse del gobierno en un momento en el que el movimiento no ha madurado lo suficiente para que la clase que representa pueda asumir el mando y para que se puedan aplicar las medidas necesarias a la dominación de esta clase. Lo que realmente puede hacer no depende de su propia voluntad, sino del grado de tensión a que llega el antagonismo de las diferentes clases y del desarrollo de las condiciones de vida materiales, del régimen de la producción y circulación, que son la base fundamental del desarrollo de los antagonismos de clase. Lo que debe hacer, lo que exige de él su propio partido,

tampoco depende de él ni del grado de desarrollo que ha alcanzado la lucha de clases y sus condiciones; el jefe se halla ligado por sus doctrinas y sus reivindicaciones anteriores, que tampoco son el resultado de las relaciones momentáneas entre las diferentes clases sociales ni del estado momentáneo y más o menos casual de la producción y circulación, sino de su capacidad –grande o pequeña– para comprender los fines generales del movimiento social y político. Se encuentra, pues, necesariamente ante un dilema insoluble: lo que realmente puede hacer se halla en contradicción con toda su actuación anterior, con sus principios y con los intereses inmediatos de su partido; y lo que debe hacer no es realizable. En una palabra: se ve forzado a representar, no a su partido y su clase, sino a la clase llamada a dominar en aquel momento. El interés del propio movimiento le obliga a servir a una clase que no es la suya y a entretener a la propia con palabras, promesas y con la afirmación de que los intereses de aquella clase ajena son los de la suya. Los que ocupan esta posición ambigua están irremediabilmente perdidos [...] Pero la posición de Münzer al frente del «consejo eterno» de Mühlhausen era todavía mucho más arriesgada que la de cualquier gobernante revolucionario en la actualidad. No sólo aquel movimiento, sino todo aquel siglo, no estaban maduros para la realización de las ideas que el propio Münzer había empezado a imaginar tarde y confusamente. La clase a la que representaba acababa de nacer y no estaba, ni mucho menos, completamente formada y capaz de subyugar y transformar la sociedad entera.

Thomas Münzer representó políticamente el sueño imposible de un comunismo fraguado en las convulsiones propias del nacimiento del único mundo entonces posible: el mundo burgués, que finalmente se impondría en todo el planeta al cabo de varios siglos. Representando, incluso en el poder, los anhelos niveladores de las clases plebeyas Münzer expresó una realidad a la que aún le quedaba mucho tiempo para resultar evidente. Con el nacimiento de la burguesía, con la implantación del modo de producción capitalista, nació y se impuso también el sepulturero de ambos, el proletariado, y su programa político revolucionario, el comunismo. Ninguno de los dos podía ser creación de la simple voluntad revolucionaria ni de la tardía imaginación de ningún líder, sino que, de la misma manera que de las relaciones de producción e intercambio feudales nació la burguesía, de aquellas capitalistas lo haría la clase revolucionaria moderna.

Omnia sunt communia representó la consigna de una clase que, en el mejor de los casos, podía llevar a cabo un programa social radicalmente opuesto al que prometía con su grito de guerra.

Hoy no podemos suponerles, a estos revolucionarios de las corporaciones municipales renovadas, ni siquiera una décima parte de la honestidad revolucionaria con la que Münzer y sus seguidores quisieron triunfar. Y esto no porque entremos a valorar moralmente sus cualidades personales, que a ojos de la historia son irrelevantes, sino porque en su programa político aparece sobre todo la obstinación en llamar a los proletarios a transitar unos caminos que una y otra vez han demostrado ser perniciosos para ellos. Tampoco podemos atribuirles el ser el «partido proletario», por mucho que la base de sus votos haya sido en buena medida de extracción obrera, porque ni tan siquiera recogen en sus promesas electorales el tratar a los proletarios como una clase, sino que buscan sumir sus necesidades en un viscoso magma «popular» que solucionará sus problemas arreglando los de toda la nación. Pero sí que podemos encontrar un rasgo común con la caracterización materialista que Engels hace de la guerra de los campesinos, origen de su juramento *omnia sunt communia* a la hora de asumir el cargo: la ilusión de representar los intereses de las clases subalternas se resuelve finalmente en el hecho de que su única tarea puede ser la defensa a ultranza de los intereses de la burguesía a la que dicen combatir.

En 1525 *omnia sunt communia* significó que las clases desposeídas querían sacar de la revolución nacional burguesa la posibilidad de imponer sus intereses, en última instancia anti burgueses, que estaban en contra de la propiedad privada y a favor de la propiedad individual basada en *la cooperación y la posesión colectiva de la tierra y de los medios de producción creados por el trabajo mismo* (según la afirmación de *El Capital* de Marx, que se apoyó, al contrario que las exigencias campesinas, sobre la constatación *de los logros de la era capitalista*). No pudiendo llevar a cabo este proyecto en virtud de las «limitaciones» de una historia que no consiente atajos en la sucesión de los modos de producción, *omnia sunt communia* acabó significando la utilización de las energías del campesinado revolucionario en favor de las tendencias burguesas, para las cuales llegó a gobernar allí donde alcanzó el poder municipal.

En 2015 el *omnia sunt communia* lanzado por los concejales de Madrid es, sencillamente, una sandez. El mundo capitalista existe en todas partes. La producción de mercancías, la circulación monetaria, la extracción de plusvalor, la propiedad privada y el trabajo asalariado se han impuesto al menos desde hace un siglo y medio hasta en el último rincón del país que pretenden gobernar. Es más, la burguesía domina en todas partes a través de sus instituciones, a la cabeza de las cuales se encuentra el Estado y todas sus ramificaciones autonómicas y municipales. Por lo tanto todos los ayuntamientos, sean de derechas o de izquierdas, sirven, y no puede ser de otra manera, al mantenimiento de este mundo capitalista en el que domina la burguesía. En ellos se defiende la propiedad privada de los medios de producción, la apropiación privada de la riqueza social, la explotación del trabajo asalariado, etc. Están creados para ello.

La guerra de los campesinos ha mostrado cómo la burguesía creó sus instituciones de gobierno a través de la lucha en el campo de batalla para defender sus intereses de clase. Y estos nuevos concejales ¿pretenden revertir este hecho únicamente con la lucha electoral? ¿Quieren transformar la defensa de la propiedad privada de que se encarga el Ayuntamiento de Madrid en la comunidad de bienes con patrocinio municipal? Por confuso que fuese el sueño de Münzer, al menos llamó a luchar por él, a implantar por la fuerza las medidas para llevarlo a cabo. Que finalmente defendiese a la clase opuesta, es algo que no estaba en su mano evitar. Los proletarios, la moderna clase revolucionaria contra la cual la burguesía ha lanzado el falso *omnia sunt communia* de 'Ahora Madrid', recogerán llegado el momento el testigo del gran revolucionario campesino y su sueño de entonces será la pesadilla de todos los que ahora le insultan llevando sus palabras al mismo altar en que fue sacrificada su revolución.

Correspondencia

**Apdo. Correos 27023,
28080 Madrid**

**Email
elprogramacomunista@pcint.org**

**Visita el sitio del Partido
www.pcint.org**

Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y sobre las posibilidades de su reanudación (I)

Desde hace muchos años, tratando de la necesidad de una fuerte y duradera reanudación de la lucha de clase, debemos registrar forzosamente un terrible retroceso del proletariado sobre el terreno de la más elemental defensa de sus condiciones de vida y de trabajo.

En la Reunión General de diciembre de 1992, tratando de este tema y de las tareas de los comunistas, afirmábamos:

«En todo este periodo (de la derrota en los años veinte de la revolución comunista en Rusia y en el mundo) el proletariado ha tenido que afrontar sin partido marxista y sin organización inmediata clasista la segunda guerra mundial, ha tenido que hacerla, acabarla, reconstruir los países destruidos, sobre todo en Europa, pasar por la primera crisis verdaderamente simultánea de todos los países capitalistas avanzados; todo este periodo ha pesado sobre el proletariado de todo el mundo, y en particular sobre el proletariado de los países avanzados, como una enorme losa y ha representado un gigantesco repliegue de la clase proletaria internacional de las posiciones de clase, incluso de las más elementales. Es más, no se trata sólo de una losa que es necesario apartar para reanudar el camino, en realidad es algo que forma parte de su organismo, es una poderosa intoxicación de democratismo, de colaboracionismo, de espíritu de participación y de interclasismo mezclada con la continua masacre en las fábricas, en las minas y en las miles de guerras que han continuado estallando en los años de una segunda postguerra mundial que se propalaban por parte de todos los gobiernos burgueses como los años de la paz, del progreso y del bienestar» Por tanto la crisis del proletariado que aún hoy registramos tiene raíces lejanas y muy profundas. El proletariado ha sido privado por la contra revolución burguesa de sus organismos de lucha inmediata y de su partido de clase; la lucha entre clases, llevada al ápice de la tensión y del enfrentamiento de todas las fuerzas sociales, no admite pausa, no admite equili-

brios permanentes, no admite ausencia de poder o largos periodos de «doble poder» (poder proletario en una parte del mundo y poder burgués en la restante) Por ello, la victoria de la revolución comunista en los países en los cuales el proletariado conquista el poder comporta la privación total del poder político para la burguesía, la destrucción de sus organizaciones políticas y económicas, el ejercicio dictatorial por parte de la clase proletaria sobre las clases burguesas y pequeño burguesas con el objetivo de impedir la reorganización y la posibilidad de que se restaure el poder burgués. Y esto con la perspectiva de extender a nivel mundial la victoria revolucionaria proletaria; por lo tanto, utilizando el poder proletario y comunista conquistado ya en uno o algunos países para reforzar y estimular la lucha revolucionaria del proletariado en todos los demás países que aún se encuentren bajo el poder burgués.

¿Por qué, en cualquier caso, la clase burguesa, una vez reconquistado el poder político después del periodo de la revolución bolchevique, debería haberse comportado de manera diferente? La contra revolución burguesa —como recordaba Marx después de las insurrecciones proletarias de 1848 en París, Viena o Milán— manifestó una mastodóntica sed de venganza y de revancha que fue llamada canibalismo contra revolucionario a través del cual la clase burguesa intenta extirpar de las mentes y de los corazones de las generaciones proletarias futuras aún sólo la idea de rebelarse contra su poder dictatorial, político y económico.

La derrota del movimiento revolucionario del proletariado internacional en los años '20 del siglo XX, ha tenido una característica que en las derrotas precedentes —la de 1848 que acabamos de recordar y la Comuna de París en 1871— no tenían. La característica es esta: el proletariado ha sido abatido no sólo por las fuerzas abiertas y declaradamente burguesas y anti comunistas (las burguesías dominantes de los grandes países europeos y de América en primer lugar), sino tam-

bién por la acción contemporánea de las fuerzas oportunistas crecidas y desarrolladas en el interior mismo de las filas proletarias y del poder proletario en Rusia. Sin esta mortífera combinación, el proletariado ruso, europeo e internacional no habría sido derrotado fácilmente.

El estalinismo, es decir la forma concreta de la contra revolución burguesa bajo los falsos ropajes del socialismo en un solo país, fue el as en la manga de la burguesía internacional. A través de la política y la acción del estalinismo, la burguesía no sólo y no tanto «rusa», sino internacional, se tomó una formidable revancha en el enfrentamiento con el proletariado que le había vencido no sólo en Moscú y en Petrogrado tirando al basurero de la historia al Zary a Kerensky juntos, sino sobre todo en los tres larguísimos años de guerra civil en los cuales los ejércitos blancos sostenidos por los más potentes países capitalistas del mundo fueron completamente desbaratados.

A través del estalinismo, y sucesivamente a través de sus múltiples variantes, la burguesía internacional dio razón de su enemigo histórico, el proletariado. Vencido en Alemania, Polonia, Hungría, Francia, Rumanía, Italia, Inglaterra y China, el proletariado debía ser vencido en el principal bastión anti burgués y anti capitalista erigido por la revolución comunista: en Rusia. Y es en el enfrentamiento con el proletariado ruso, en particular, cuando el canibalismo contra revolucionario burgués se desfogó con particular ferocidad. Centenares de miles de proletarios bolcheviques sufrieron una diezma sistemática. Quitadas de en medio, junto con muchos jefes bolcheviques en las famosas purgas estalinianas, las mejores fuerzas proletarias que la revolución proletaria había manifestado; desfigurado y trastocado completamente aquel partido bolchevique que había sido capaz de dirigir la revolución victoriosa y la primera, verdadera y declarada dictadura proletaria del mundo, y que había sido capaz de representar a través de la Internacional Comunista

una guía segura del proletariado internacional; desviados y desnaturalizados los partidos comunistas que más sólidamente habían asimilado las enseñanzas de la revolución bolchevique y del movimiento comunista internacional como por ejemplo el Partido comunista de Italia; machacado en el torno de las fuerzas burguesas reaccionarias como los proletarios de Canton y de Shangai a los cuales además se les canceló su propio partido comunista fundiéndolo forzosamente en el burguesísimo Kuomintang; a los proletarios de todo el mundo no les quedó más remedio que sufrir la más desastrosa de las derrotas.

La luz que representaba la Rusia bolchevique, la Internacional Comunista, la lucha revolucionaria en todo el mundo, fue completamente oscurecida por la contra revolución estaliniana. De una derrota de estas dimensiones, el proletariado no podía rehacerse fácilmente. La clase burguesa dominante ha obtenido un gran resultado histórico: hundido en el abismo de la esclavitud salarial y social, privado de cualquier organización clasista, masacrado sistemáticamente en las luchas sociales y en las guerras burguesas, el proletariado no tendría, durante varias generaciones, la posibilidad de reorganizarse y de reanudar el camino de su lucha revolucionaria.

Esta derrota histórica es la causa principal del retroceso del proletariado incluso sobre el terreno de la defensa elemental de las condiciones de vida y de trabajo.

La contra revolución burguesa no se acabó con la destrucción de la primera dictadura proletaria en Rusia; debía transformar a los proletarios en esclavos satisfechos con su propia esclavitud.

Pero a la clase burguesa no le basta con derrotar al proletariado en el campo económico y en el terreno de las relaciones de fuerza sociales. El capitalista tiene la necesidad de la fuerza de trabajo proletaria, porque sólo de su explotación obtiene el plusvalor, es decir, sus beneficios; y ha sacado una lección de la historia de su dominio social: los proletarios pueden ser explotados mucho más intensamente, y con menos costes sociales, si se les implica en forma de par-

ticipación democrática en la «**gestión**» del trabajo, en la «**gestión**» de la cosa pública. En la medida en la cual la riqueza acumulada por la explotación del trabajo asalariado permite a la burguesía destinar al proletariado, o a sus estratos, algunas «**garantías**» sociales y de mejoras económicas, se constituyen las bases materiales necesarias para sostener una política reformista en los enfrentamientos del proletariado; por lo tanto una política que tiende a hacer vivir en el proletariado un sentimiento de «**pertenencia**» a un mecanismo social del cual no sólo se beneficiarían los capitalistas, sino también los proletarios.

Y el fascismo «**enseña**» a los capitalistas y a la democracia —una vez liquidada cualquier tentativa revolucionaria del proletariado— a utilizar sistemáticamente y a nivel estatal toda una serie de «**garantías**» sociales y de mejoras económicas a través de las cuales atraer al campo burgués, en defensa de los intereses burgueses, las fuerzas del proletariado. Los amortiguadores sociales —indemnizaciones de varias clases, seguridad social, asignaciones familiares, pensiones, etc.— fueron introducidos por el fascismo con el fin de disponer de las fuerzas del proletariado, tanto en la paz como en la guerra, según las exigencias del capitalismo nacional. De aquí nace una experiencia: la burguesía democrática heredará del fascismo esta política reformista y la ampliará notablemente —a veces bajo la presión de las masas proletarias que, dándose cuenta del hecho de que la clase dominante está dispuesta, de cualquier manera, a conceder algunas cosas, luchan para obtener mejoras ulteriores— dado que con la guerra y en la postguerra el esfuerzo exigido al proletariado fue enorme. Pero, caído el fascismo, con cuyo método de gobierno era la propia clase burguesa quien administraba directamente las relaciones con el proletariado, si bien a través del sindicato fascista— por otro lado, único y obligatorio— la burguesía democrática debía utilizar el método reformista con formas de intermediación que se asemejasen lo máximo posible a la subdivisión de las tareas y a las diferencias de intereses. Eliminado el partido burgués único, y eliminado el sindicato único y obligatorio, la demo-

cracia post fascista permitía renovar la vieja ilusión, según la cual todo estrato social, y toda clase social, cree poder tener a su disposición los mismos instrumentos de defensa de sus propios intereses en un contexto social en el cual el Estado pasa por ser un ente por encima de las clases, un árbitro neutral al cual se pide que dirima todas las posibles controversias y todos los posibles conflictos sociales. La democracia, si ayer representaba el mejor terreno de instrucción para el oportunismo clásico de bernsteniana y turatiana memoria, desde la segunda postguerra en adelante representa el mejor terreno de instrucción para el colaboracionismo sindical y político. Muchos partidos, diversos sindicatos, legalmente reconocidos; libertad de asociación, de reunión, de manifestación de ideas e intereses; por lo tanto la democracia, por lo tanto el terreno sobre el cual crece en abundancia la mistificación de la igualdad en los derechos, de la libertad personal, de las mismas posibilidades económicas y culturales para todos. Por lo tanto el terreno que facilita la captura ideológica y práctica del proletariado frente a la conciliación entre clases.

¿Cuál es la diferencia entre el oportunismo de ayer y el colaboracionismo de hoy?

El oportunismo de ayer —de los vértices sindicales de la CGL y del Partido Socialista Italiano, para dar un ejemplo— era una política que afectaba a las organizaciones proletarias desde el exterior, por parte de la burguesía. El colaboracionismo de hoy —no sólo de los vértices, sino de todo el aparato de los sindicatos y de los partidos que se hacen llamar «**obreros**»— es la política reformista burguesa vestida de política reformista obrera. Es por esto que a los sindicatos de la segunda postguerra los llamamos tricolores⁵ (mientras que los sindicatos de la primera postguerra eran aún sindicatos de clase, sólo con los vértices corruptos y oportunistas), y es por esto que a los partidos comunistas estalinistas los llamamos partidos nacional comunistas, mientras los partidos socialistas de la primera postguerra de cuyas escisiones nacieron los partidos comunistas revolucionarios eran partidos obreros burgueses, partidos oportunistas, según la definición que dio (*sigue en pág. 9*)

Sobre la crisis prolongada...

(viene de la pág. 9)

Lenin.

El colaboracionismo nace directamente de la democracia burguesa de la época del imperialismo como obrera de las fuerzas de la democracia burguesa, como el intento de organizar a las masas proletarias con el objetivo de impedir que se doten de organizaciones clasistas, independientes del patronato, del Estado burgués, de las diversas fuerzas de conservación burguesas.

El proletariado, después de su derrota revolucionaria, cae inevitablemente en las redes del oportunismo- que, desde la teoría estaliniana el socialismo en un solo país, será conocido como estalinismo- y este tiene la tarea no sólo de plegarlo a las exigencias de cualquier capitalismo nacional (en Rusia a las exigencias del desarrollo capitalista de un gran país atrasado, en los países europeos y en América a las exigencias de cualquier país capitalista e imperialista en la lucha de competencia dentro del mercado internacional) y de prepararlo para la sucesiva guerra mundial. El proletariado de cualquier país, en fin, intoxicado por la propaganda nacionalista que cualquier burguesía defenderá con argumentos quizá muy diferentes (el fascismo y el nacismo contra las «**plutocracias democráticas**» que quieren sofocar sus veleidades imperiales, el estalinismo contra el fascismo y el nazismo considerados como un «**paso atrás**» en la historia, las democracias occidentales contra el fascismo y el nazismo considerados «**malvados en cuanto dictadura**») será llevado a la participación en la Segunda Guerra Mundial sin que hubiese la menor posibilidad de oponerse a ello de manera organizada. Y en particular la resistencia partisana, la resistencia antifascista de las fuerzas democráticas, desviará completamente, en Italia, Francia, Grecia, Yugoslavia, al proletariado sobre el frente de la defensa activa de los intereses de las fracciones burguesas que se disponían a ocupar el puesto en sustitución de las fracciones burguesas comprometidas con el fascismo y el nazismo.

El oportunismo estaliniano, por lo tanto, prepara al proletariado para hacerse matar en la guerra imperia-

lista con el único objetivo de hacer vencer una alianza entre burguesías adversarias sobre el terreno del dominio imperialista del mundo. Ningún interés proletario puede descubrirse en la guerra imperialista; ningún interés proletario puede descubrirse en la defensa de los regímenes democráticos contra los regímenes abiertamente dictatoriales, como los fascistas, y viceversa. En juego estaban únicamente los intereses burgueses que buscaban una solución para sus enfrentamientos interimperialistas en una nueva partición del mundo. Los proletarios de todos los países, por enésima vez, debieron ser carne de cañón de los útiles guardianes del nuevo orden democrático e imperialista que nació de la guerra; dispuestos a hacerse explotar bestialmente en el periodo de reconstrucción post-bélica bajo aquel régimen democrático que hubiesen contribuido a hacer vencer.

Con el fin de la guerra imperialista, el oportunismo estaliniano deja el campo al colaboracionismo democrático e interclasista, no sólo a nivel sindical sino también a nivel político. La democracia post-fascista, que del fascismo hereda en realidad un reformismo burgués practicado y eficaz y la política de la intervención estatal en la economía, dará lugar a las nuevas organizaciones sindicales y los nuevos partidos «comunistas» que no se avergonzarán de administrar los intereses nacionales, por cuenta de las fracciones burguesas victoriosas, aún desde las poltronas gubernativas. Los partidos y los sindicatos tricolores, mistificando palabras, tesis, actitudes, semblantes, proletarias y comunistas, iniciando así su larga (y preciosísima para el capital) obra de intoxicación democrática y colaboracionista del proletariado.

La democracia es el mejor ambiente para la lucha de la clase burguesa contra la clase proletaria.

Es exactamente esta larguísima y profunda intoxicación de colaboracionismo e interclasismo la que ha impedido la que ha impedido cada vez más al proletariado, sobre todo al de los países avanzados, reaccionar con métodos y medios clasistas en defensa de

sus condiciones de vida y de trabajo y a la sistemática serie de medidas anti obreras que, en particular desde la crisis general del capitalismo mundial de 1975 en adelante, han caracterizado la política de cualquier gobierno burgués, en todos los países.

¿En qué consiste el colaboracionismo, el interclasismo?

Esta es una política que la clase burguesa dominante adopta en los enfrentamientos con el proletariado con el fin de hacer pasar la idea de que el proletariado tiene todo el interés en defender intereses «**comunes**» entre capitalistas y obreros, como por ejemplo: defendiendo la competitividad de las mercancías producidas en las distintas empresas los proletarios defienden a la vez su puesto de trabajo; defendiendo su propio puesto de trabajo en las diversas empresas los proletarios defienden a la vez, si bien con una capacidad adquisitiva inferior, su propio salario; defendiendo la economía nacional y en particular su buena marcha respecto a la competencia internacional, los proletarios defienden su propio nivel de vida, sus conquistas sociales, ventajas adquiridas en términos de pensiones, sanidad, servicios sociales, etc.

La burguesía parte del concepto según el cual es el capital el que crea el trabajo, de que permite a millones de proletarios vivir gracias al hecho de ser empleados en las empresas capitalistas. Y acompaña este concepto con otro, según el cual el mercado—es decir, el encuentro entre capitalistas competidores—es el factor decisivo en cualquier cuestión económica, social, política, militar, cultural o ambiental. Por ello las exigencias del capital, las exigencias del mercado, deben primar sobre cualquier otra exigencia. Es del todo obvio que la burguesía razona según estos criterios. Ella representa exactamente los intereses de la clase social que posee los capitales, los administra, los cambia, los gasta, los destruye, los vuelve a acumular. La sociedad levantada sobre el modo de producción capitalista—y el marxismo le ha llamado así no en honor a la clase burguesa que en la primera mitad del siglo XVIII era en buena parte aún revolucionaria, sino porque, tratándose del modo de producción social que sustituye, destruyéndolos, a los modos de producción feudal, asiático, de economía natural que

todavía gobernaban la economía de la mayor parte del mundo, se impuso en el mundo a través de la esa extraordinaria fuerza económica y social que es precisamente el capital- es en realidad una sociedad aún dividida en clases sociales, antagonistas creadas precisamente por el modo de producción capitalista según el cual la humanidad está subdividida entre aquellos que poseen capital y que, por lo tanto, pueden emplear fuerza de trabajo asalariada a la que extorsionar el plusvalor y aquellos que poseen exclusivamente la fuerza de trabajo que el capital emplea en las empresas por un salario que corresponde no al valor total de las mercancías producidas y de la fuerza empleada para producirlas, sino sólo al valor de la reproducción de la fuerza de trabajo empleada para producirla, un valor por lo tanto inferior a aquel que corresponde al tiempo de trabajo utilizado efectivamente.

La burguesía, que como clase nunca hubiera podido vencer por sí misma de manera definitiva a las clases aristocráticas que controlaban a las inmensas masas de campesinos, debía utilizar para su causa a las otras clases subalternas, en particular los campesinos y los proletarios. La concepción democrática de libertad, igualdad, de fraternidad sirvió para capturar ideológicamente a las masas campesinas y proletarias para la causa de la revolución burguesa que, por otra parte, quitaba de en medio todo el peso de los privilegios de la monarquía, de las clases aristocráticas y del clero, que pesaban enormemente sobre las espaldas del pueblo no sólo en términos de impuestos sino también en términos de obligaciones y de vínculos personales particularmente insostenibles. Por lo tanto, sobre la base de un progreso económico ya logrado a través de las tiendas y la manufactura en las cuales era necesario emplear mano de obra cada vez más numerosa, la burguesía, por su interés de clase bien concreto, alzaba la bandera de la libertad y de la igualdad. En realidad: libertad de comercio, libertad de explotar sin límites, de día y de noche, a masas cada vez más numerosas de campesinos proletarizados; libertad de comprar y de vender la tierra (otro medio de producción de grandísima importancia), posibilidades iguales para todo burgués

para desarrollar su propia actividad; posibilidades iguales para todo proletario de hacerse explotar en esta o aquella empresa burguesa; iguales posibilidades para cualquier campesino de llevar al mercado los productos de su cultivo. Libertad de desarrollar la ciencia y la técnica quitándoles el monopolio al clero; libertad de acumular y de prestar dinero; libertad de acumular riquezas, de producir y de vender cualquier mercancía; libertad de emplear en sus oficios y en sus establecimientos a personas provenientes de cualquier parte del país o de otros países. El capitalismo se abría de esta manera todas las vías posibles para desarrollarse a nivel planetario.

De esta manera, el progreso económico, el progreso técnico y científico, el progreso cultural, la libertad de circulación de las mercancías y de las personas, se identificaron con la burguesía, con la clase que poseía los capitales necesarios para desarrollar la economía y, por lo tanto, la sociedad le miraba de manera nunca imaginada en sociedades precedentes. La democracia, en la cual se condensa en general el concepto burgués de libertad, de igualdad y de fraternidad, responde de manera formidable a la función de unión entre los poseedores de capital y los poseedores de fuerza de trabajo, es decir, entre capitalistas y proletarios. A través de la democracia, es decir, a través de la mistificación de la «libertad», de la «igualdad» y de la «fraternidad», la clase burguesa ha transferido a las clases subalternas, los campesinos y los proletarios, la idea de que es el mercado —es decir, el lugar donde potencialmente todos pueden cambiar cualquier cosa, según sus propias posibilidades, sus propias exigencias o sus propios intereses- donde se pueden realizar en la práctica la libertad, la igualdad, la fraternidad de cualquiera hacia los otros. Es a esta concepción de fondo a la que se refieren necesariamente todos aquellos que colocan en primer plano las exigencias «comunes» entre capitalistas y proletarios, entre explotadores y explotados, todos aquellos que sostienen la prioridad de la conciliación entre las clases sociales, de la colaboración entre la diversas «partes» sociales, en suma aquello que nosotros llamamos interclasismo.

La burguesía, después de ser forzada

a admitir que en su sociedad existían aún clases contrapuestas, en lucha entre ellas por intereses contrapuestos, no tenía ninguna posibilidad de sacar todas las consecuencias de las contradicciones fundamentales del modo de producción capitalista sobre el cual se levanta su dominio social. Estas consecuencias las sacó Marx, que no se limitó a «describir» el capitalismo y su modo de producción sino que lo analizó siempre en función de su necesaria e inevitable superación histórica.

La burguesía ha descubierto y ha encontrado la confirmación, en el curso de más de dos siglos de su dominio de clase, que la democracia —es decir la mistificación de la igualdad social y de la libertad individual- ha sido en general el método de gobierno más eficaz, además de ser el mejor vehículo de intoxicación colaboracionista jamás hallado. Con esto no decimos que la burguesía aborrezca los métodos de violencia abierta y declarada, del terrorismo de Estado, de los métodos de dictadura de clase declarada. Afirmamos que el uso de la mistificación de la democracia consiente a la burguesía dominante obtener durante larguísimo periodos de tiempo el consenso de las masas proletarias y campesinas, en una lucha que la opone a la clase proletaria en particular, pero que la clase obrera percibe de manera menos neta, menos clara, menos evidente.

La imposición a través del puño de hierro, con métodos dictatoriales que no dejan espacio a la «confrontación», a la «libre circulación de ideas», a la «libertad de elección» en el mercado de las vastas ofertas de mercancías de cualquier tipo, contrasta con todo entramado ideológico y propagandístico burgués, utilizado desde su aparición en el proscenio de la historia en la revolución anti feudal. Estos son fantasmas de los cuales la burguesía no logrará jamás deshacerse del todo. Pero si debiese hacer una simple contabilización razonada entre «entradas» y «salidas», la burguesía no puede sino escribir en la columna del método democrático una puntuación mucho más alta que en la otra columna, la del método dictatorial abierto o fascista; el proletariado, por su parte, ha sido

(sigue en pág. 12)

La policía asesina en Salou a un inmigrante. ¡Mossos de Esquadra asesinos! ¡Ayuntamiento, Generalitat y Estado culpables!

El día 11 de agosto, a las seis de la mañana, un grupo de la policía autonómica catalana, los Mossos de Esquadra, irrumpieron en un piso donde vivían inmigrantes subsaharianos dedicados a la venta de discos y películas piratas en el pueblo de Salou. Según la versión oficial, dada por los propios Mossos y difundida a los cuatro vientos por todos los medios de comunicación, Mor, un *mantero* de los que habitaba el piso, «saltó» por el balcón situado a tres alturas del suelo resultando muerto al caer. Al saberse en la noticia los inmigrantes subsaharianos de la zona, dedicados en su mayor parte a este tipo de venta ambulante, salieron a la calle y se enfrentaron durante todo el día con la policía, llegando a cortar las vías del tren Cambrils-Tarragona con barricadas. La circulación en el centro del pueblo permaneció cortada por los disturbios desde las 11.50 de la mañana y durante más de cinco horas. A las pelotas de goma de los antidisturbios los inmigrantes respondieron con piedras, contenedores cruzados para evitar su avance y ataques contra las furgonetas de la policía. Los comercios de la localidad cerraron por la tensión que se vivía y, a última hora de la tarde, un miembro del consulado de Senegal, país de origen de Mor, fue agredido por los propios senegaleses cuando se presentó en el lugar de la muerte.

Los Mossos de Esquadra tienen una larga lista de muertes a sus espaldas. Mientras que los informes de ONG's como Amnistía Internacional les colocan en el segundo puesto en el ranking nacional de torturas y agresiones en comisaría (sólo superados por la policía vasca, bien curtida en la represión contra ETA y el entorno abertzale) en el último año han asesinado a golpes, en plena calle, a dos personas. Previamente tanto los movimientos sociales de Catalunya como

otros colectivos que se han manifestado en esta región han comprobado la eficiencia de sus materiales anti disturbios, que van desde la bocacha hasta el punzón para clavar en el cuerpo de los manifestantes y de los métodos represivos que utilizan para controlar a cualquier elemento subversivo. La burguesía catalana, que asumió las labores de seguridad a través de este cuerpo policial hace años, no sólo compite con el resto de la burguesía española por la recaudación impositiva y la gestión de los recursos públicos, sino que además la imita en lo referente a organización de las fuerzas represivas. El proletariado debe tomar nota de lo que le espera detrás del proyecto nacionalista cuya bondad, ahora, defienden todos aquellos que dicen estar de parte de la clase trabajadora.

Porque la primera función de la policía en la sociedad burguesa es garantizar el orden que permita el correcto funcionamiento de los negocios. Y este orden se garantiza, sobre todo, contra los proletarios. Así es el caso del inmigrante muerto estos días. En Salou, pueblo turístico de la costa de Tarragona, la afluencia de visitantes en verano es una de las primeras fuentes de ingresos para la industria local (comercios, hoteles, bares, etc.) Se trata de uno de los pueblos del famoso turismo «de borrachera» que, en las vacaciones de primavera de los estudiantes británicos y en los meses de julio y agosto, invade las calles del pueblo en busca de alcohol y diversión con el beneplácito de las autoridades, que no ven ningún tipo de problema de orden público en esta situación, y de los comerciantes, que multiplican sus ingresos aumentando desmesuradamente los precios y vendiendo mercancías adulteradas o en mal estado. En este idílico marco de los negocios veraniegos, la presencia de inmigrantes dedicados a la

venta de copias ilegales de DVD's, música o ropa, supone un problema para la pequeña burguesía local dedicada ella misma a la venta de productos similares y de la gran burguesía del sector de la hostelería que ve cómo aparecen algunos problemas «de orden público y civismo» no causados directamente por ella y que afean la imagen del pueblo. Es por ello que actúa la policía autonómica que en el resto de situaciones permite que miles de turistas etílicos arrasen la playa, las calles y el entorno natural de la zona. Los inmigrantes subsaharianos son un problema para la burguesía legalmente establecida porque su pequeño negocio (que es muchas veces el único medio de supervivencia para quienes han huido de la miseria y la muerte en países afectados por continuos enfrentamientos armados, epidemias y hambrunas) hace la competencia a aquellos que cuentan con el beneplácito del Estado para ubicarse en el pueblo. La burguesía y la pequeña burguesía hacen valer sus derechos adquiridos para aniquilar cualquier tipo de merma en su beneficio y, de esta manera, utilizan a la policía para que expulse del mercado a sus potenciales rivales. Obviamente estos rivales no son exactamente sus competidores. Se trata de una población inmigrante imposibilitada por su situación irregular para optar a algún tipo de puesto de trabajo, que de hecho trabajan como vendedores ambulantes para las mafias dedicadas a la distribución de productos ilegales contra las que el Estado y su policía jamás intervienen (¿cuántos barcos son intervenidos en el puerto de Barcelona o en el de Valencia cuando traen estos productos desde China o desde Turquía? Ni tan siquiera uno por cada millar de inmigrantes detenidos por distribuir las copias ilegales). Se tra-

(sigue en pág. 14)

ta, en pocas palabras, de población sobrante para el capitalismo, de mano de obra que no puede explotar porque con ella no alcanzaría la ganancia mínima que le garantiza un beneficio aceptable. La única salida que le queda a esta población sobrante es trabajar en la economía sumergida corriendo el riesgo de ser deportada, encarcelada... o asesinada. Cuando esta población sobrante trabaja para la burguesía que hace sus negocios fuera de los márgenes legales, como sucede en la industria de las copias piratas de DVDs, entonces la ley interviene contra ellos con toda la brutalidad de la que es capaz su policía. En este caso, con una justificación tan manida como es la de «se cayó por una ventana», ha dejado un muerto, sacrificado en los altares del beneficio capitalista.

Los inmigrantes, tanto aquellos que trabajan en negocios con patrones legales como aquellos que se ven arrojados en manos de los que la burguesía denomina ilegales y que realmente ejercen el mismo papel de explotadores de la fuerza de trabajo, saben bien qué les espera en su huida hacia Europa. Lo saben cuando se convierten en mercancía en manos de las mafias de negreros que les transportan por el Magreb; lo saben cuando la policía de Marruecos les hacina en montes insalubres para presionar al Estado español; lo saben cuando se juegan la vida saltando la valla de Melilla o cruzando el Estrecho en barcas más que precarias; y lo saben finalmente cuando la policía, ya en España, ejerce una presión continua sobre ellos para mantenerlos controlados y que no sean conflictivos ni en sus puestos de trabajo, para aquellos que los consiguen, ni en las calles de las ciudades, para aquellos que son arrojados a la delincuencia. Y precisamente porque los inmigrantes de Salou, que vienen de tener la muerte presente en su día a día desde sus países de origen, también saben cuál es su lugar en la sociedad capitalista, han respondido con violencia ante la enésima agresión sufrida por la policía. Para estos

inmigrantes la civilización capitalista y su democracia han sido, desde el primer momento, un arma vuelta contra ellos, en cuyo nombre se les ha tratado como auténticos esclavos modernos. Es por ello que, a la hora de protestar por la muerte de su compañero, han utilizado métodos nada cívicos ni democráticos como son los cortes de calle y de las vías férreas. Para ellos el conjunto de resortes que la burguesía utiliza para integrar a los proletarios en el sistema de la colaboración entre clases no funciona, precisamente porque están completamente excluidos de esta colaboración desde el momento en que han sido arrojados al margen de la sociedad. Es por ello, porque están fuera de cualquier ámbito de «negociación» con los «agentes sociales», por lo que su reacción se ha salido fuera de los cauces de solución de los problemas sociales con que la burguesía aleja a los proletarios del terreno de la lucha de clase. En este sentido, los inmigrantes subsaharianos de Salou han mostrado a los proletarios españoles e inmigrantes que hoy ven rebajarse sus condiciones de existencia y para los que la burguesía ya no reserva ninguna posibilidad de revertir esta situación cuál es el futuro que les espera y cuál es la verdadera naturaleza de la lucha que deberán llevar a cabo si quieren evitarlo.

Si hoy los proletarios, tanto empleados como desocupados pero que aún pueden disfrutar de un mínimo de garantías sociales, no se ven reflejados en la situación que padecen los inmigrantes apaleados y asesinados por la policía, es porque la fuerza de las ilusiones burguesas, que son unas ilusiones bien materiales basadas en la inercia de décadas de colaboración interclasista, aún pesa demasiado en ellos. Pero, lentamente, de la misma manera en que la crisis económica mina las bases de esa colaboración entre clases, la ilusión que pesa entre los proletarios acerca de una posible solución indolora a la situación a que la burguesía les somete, irá desapareciendo. Entonces, colocado de

nuevo sobre el terreno de la lucha abierta contra la clase que detenta la propiedad de los medios de producción y que decide sobre el destino de la vida de millones de personas en todo el planeta, los proletarios encabezarán una lucha que tendrá como objetivo final acabar con todo rastro de explotación del hombre por el hombre y, por lo tanto, con todas las humillaciones y vejaciones que acompañan a esta y que seguirán existiendo mientras que el capitalismo siga en pie.

12.8.15. Partido Comunista Internacional (El Proletario)

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!

¡Suscríbanse!

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 4 €; £ 3; 8FS;

América Latina.: US\$ 2; USA-

Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica

Precio del ejemplar: 3 €; £ 2; 8FS;

América Latina:US\$ 1,5; USA-

CdnUS\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 €; 3CHF;

1,5£; América del Norte: US \$ 2;

América Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al

«le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

Grecia demuestra una vez más que es imposible luchar contra los ataques capitalistas por la vía electoral y reformista

Después de la enésima y maratoniana sesión «histórica» de negociaciones en Bruselas, entre el gobierno heleno y sus acreedores para «resolver» la crisis, el primer ministro griego Tsipras y su equipo terminaron por aceptar, como condición para el aporte de nuevos créditos al Estado virtualmente en bancarrota, un plan de medidas de austeridad mucho más duras que las que había rechazado una semana antes y contra las cuales, se supone, organizó un referéndum. Aparentemente el único punto en que obtuvo algo concreto fue el de la reducción de los gastos militares: los acreedores aceptaron que esta fuera menos fuerte de lo que ellos pedían...

¿TRAICIÓN DE TSIPRAS?

Muchos le gritan traidor a Tsipras, entre ellos las corrientes de «extrema-izquierda» que afirmaban no guardar ninguna ilusión en Syriza y su gobierno. Pero solo pueden sentirse traicionados aquellos que tomaron en serio los discursos demagógicos de Syriza y su jefe.

Syriza, que se ve a sí mismo como un partido de la «izquierda radical», en realidad no se distingue en nada de un partido reformista clásico: no busca destruir el capitalismo, sino mejorarlo, reformarlo: su sueño es el sueño de todos los **reformistas**, el sueño de un *capitalismo con rostro humano*, el de todos los **colaboracionistas**, el sueño de la *colaboración fraternal* entre *todos los ciudadanos* o de al menos la gran mayoría de ellos. Pero una cosa es el sueño y otra la realidad; y en la realidad el capitalismo no acepta cambios — solo algunas reformas de detalle posibles, y a condición de que no cuesten nada —: o lo combatimos o nos sometemos a su poder.

Syriza nunca tuvo la intención de combatir al capitalismo y no podía más que someterse a éste y someter a los trabajadores que confiaron en ellos. Llevado al poder con la pretensión de poner fin a la austeridad y a la crisis económica que golpea a los proletarios y a ciertas capas pequeño-burguesas, Syriza encarnaba la ilusión de que un simple cambio de gobierno, logrado tranquilo y pacíficamente por la democrática vía electoral, podía mejorar significativamente la situación de las masas. La constitución de su gobierno sobre la base de una alianza con un partido de extrema-derecha, militarista y pro-religioso (Anel) habría bastado para disipar las eventuales dudas sobre la naturaleza «radical» de Syriza. Sin embargo, durante largos meses, el gobierno jugó la comedia de la defensa de los trabajadores frente a los acreedores del país, pretendiendo doblegarlos y convencerlos de renunciar

a una parte de sus exigencias y por la concesión de nuevas ayudas financieras; pero si la situación de los proletarios y de las masas trabajadoras no cesaba de degradarse, aún así hubo una verdadera tregua social, en parte a causa de los golpes ininterrumpidos sufridos por los proletarios en estos últimos años, en parte debido a las esperanzas que muchos habían puesto en Syriza.

En realidad los negociadores griegos defendían primero que nada los intereses del capitalismo nacional y no los de los proletarios o de la población; lo prueba el hecho de que finalmente y de manera mucho más fácil aceptaron las medidas antisociales y anti-proletarias, que aquellas que lesionaban los intereses capitalistas particulares (por ejemplo, defendieron con uñas y dientes el estatus privilegiado que gozan los armadores con respecto al fisco, los gastos militares o el mantenimiento del IVA reducido para las actividades turísticas). Las medidas de austeridad impuestas para poder rembolsar a los acreedores tuvieron consecuencias terribles para la economía en general, lo que ha llevado a la desaparición de miles de empresas: una política de recuperación económica y ya no de austeridad ha sido incluso pedida por numerosos capitalistas.

Pero, las negociaciones y acuerdos entre burgueses o entre Estados burgueses — ¡aunque estos Estados sean «socios» en el seno de una «unión»! — no se fundan sino sobre **relaciones de poder**. El endeble capitalismo griego ya no tenía fuerza para rechazar por mucho tiempo las exigencias de los grandes capitalismos europeos, sobre todo cuando su Estado se encuentra al borde de la quiebra. A finales de junio, el gobierno Tsipras fue puesto contra la pared y obligado a aceptar el plan de pagos, el primer ministro replica con la organización de un referéndum sobre este plan, llamando a votar «no». Pero mientras esta decisión era aplaudida con entusiasmo por toda una parte de la izquierda y la extrema-izquierda europea que veía allí la posibilidad de que un «pueblo» rechace democráticamente la Europa de la austeridad y las finanzas, etc., hasta una salida del «yugo del euro», Tsipras precisaba claramente que el referéndum se organizaba, no para romper con los acreedores, sino para proseguir con las negociaciones, con una posición reforzada por el sufragio universal. En la campaña por el «sí», estaban los partidos burgueses tradicionales (los socialistas de Pasok y la derecha de la Nueva Democracia) o no (los centristas de To Potami), las organizaciones patronales, así como las direcciones sindicales del sector privado, los grandes medios, etc., apoyados por los go-

biernos por los gobiernos europeos. Los partidarios del «no» estaban constituidos, aparte de Syriza, por los neo-fascistas de Aurora Dorada y las pequeñas formaciones de extrema-izquierda, incluyendo una parte de los anarquistas. El Partido Comunista griego (KKE) rechazó participar en la campaña por el «no», afirmando — con razón — que las proposiciones del gobierno no valían más que las de los acreedores, y llamando al voto nulo (¡lo esencial es votar!) un medio, según ellos, de expresar un «doble no» a estas dos proposiciones y defender su propia perspectiva nacionalista de salir de la UE.

El resto de la aventura es conocido: los partidarios del «no» obtuvieron una rotunda victoria (cerca de un 60% por el «no», un 6% de votos blancos o nulos, el «sí» no recogerá más que un 36% de los sufragios, el número de abstenciones, en baja, llegó a un 38%); la misma noche de los resultados, la plaza Sintagma de Atenas, se llenó de electores persuadidos de haber infligido un duro golpe a los partidarios de la austeridad, y especialmente a los viejos partidos que se han sucedido a lo largo de estos últimos años. Las formaciones de la izquierda radical europea también celebraron esta victoria electoral; tenemos el ejemplo de las declaraciones de Rifondazione Comunista en Italia, pero también podemos citar las del Front de Gauche (Frente de Izquierda francés), del español Podemos, etc., todas de manera idéntica decían: «*La victoria del No en Grecia representa la victoria de la democracia y la dignidad del pueblo griego contra el terrorismo financiero de la troika. Representa un resultado histórico para la Grecia y los pueblos europeos*» (1).

Pocas horas apenas, luego de esta *victoria histórica de la democracia*, el primer ministro Tsipras, no sin antes alejar a su ministro de las Finanzas, conocido por su tono demasiado reivindicativo, reunía a todos los partidos parlamentarios, de derecha como de izquierda, a excepción de Aurora Dorada; todos, salvo el KKE, le aportaban su apoyo total para negociar con los acreedores el mantenimiento de Grecia en la zona euro... ¡sobre la base de un plan propuestos por ellos mismos! ¡El «sí» que había sido arrojado por la puerta, regresaba por la ventana! Difícil de aportar una prueba más contundente sobre la inanidad de las ilusiones electorales y del rol de desorientación del circo electoral...

Recibiendo el asentimiento de los viejos partidos burgueses tradicionales, Syriza se convertía en el representante de una verdadera **unión nacional**, el defensor de los intereses de toda la burguesía griega frente a los euro-

(sigue en pág. 16)

peos.

Pero las declaraciones de intención no bastan, y los negociadores griegos presentaron en Bruselas un plan preciso y detallado, redactado bajo la batuta de altos funcionarios franceses, aceptando todos los puntos denunciados una semana antes como un ultimátum. Pero una vez comenzadas las sesiones de negociación, este plan es rechazado por los representantes alemanes, quienes a cambio presentarán el suyo, basado en la expulsión — por 5 años — de Grecia de la zona euro, ya que, según ellos, la «confianza» en el gobierno griego había desaparecido; para los capitalistas, la confianza se basa en la sumisión.

Se requirieron interminables y ásperas negociaciones para que los dirigentes alemanes abandonaran esta perspectiva y aceptaran mantener a Grecia en la zona monetaria europea, infligiéndole como contrapartida medidas drásticas y humillantes para los dirigentes griegos que debían pagar por haber tratado de desafiarlos.

Como buenos titeres reformistas, los representantes griegos aceptarán finalmente todo lo que les exigían; pero eso no fue una **capitulación**, puesto que en realidad el gobierno Tsipras ya había capitulado antes incluso del comienzo de las negociaciones, mientras que, electoralmente victorioso, respaldado por todos los partidos, en particular por aquellos que habían votado por el «sí»; capitulación no con respecto a una defensa de los intereses proletarios y de las masas pobres, lo cual nunca fue el objetivo verdadero de Syriza, sino con respecto al rechazo de aceptar todas las exigencias de los acreedores y de renunciar a obtener un alivio de la carga de la deuda.

En abril, escribíamos que *«el gobierno Syriza-ANEL no tiene alternativa: si Grecia no quiere ser echada de la zona euro o ser sustituidos por otro gobierno más comprensivo (...) Pero, como todos los partidos reformistas que llegan al poder, se encuentra en la situación poco confortable de elegir entre atacar abiertamente los intereses de los proletarios y las masas trabajadoras, o golpear los intereses de los capitalistas; y, como todos los partidos reformistas, indisolublemente ligados a la defensa del modo de producción capitalista, no tendrá otro remedio que atacar a los trabajadores, aprovechando la confianza que estos últimos han depositado en ellos. Y ese es el rol que la burguesía, griega e internacional, asigna a los partidos como Syriza, y no lo tolerará sino en la medida en que este rol sea respetado (2).*

No era difícil llegar a esta conclusión, ni fue preciso mucho tiempo para verificarlo. Al parecer, luego de las últimas negociaciones, algunos Estados e «instituciones» amenazaron con obligar a Grecia a formar un nuevo gobierno, tal vez un «gobierno técnico», en caso de que los dirigentes griegos se

muestran reacios a aceptar las condiciones exigidas por los acreedores. Sin embargo, otros probablemente han hecho valer que Tsipras y sus partidarios, reforzados por su «victoria» electoral, estaban en mejor posición para hacer avalar la amarga píldora a las masas proletarias; es para eso precisamente que sirve la democracia.

CONTRADICCIONES INTERIMPERIALISTAS

Las negociaciones de Bruselas fueron particularmente enconadas, en ellas se enfrentaban dos grupos de países con respecto a la suerte reservada a Grecia: de un lado, Alemania con sus aliados de los países del Norte que preconizaban la salida del país de la zona euro, del otro, Francia, respaldada por Chipre e Italia, que se oponían. Algunos han querido ver allí el enfrentamiento de dos concepciones de Europa; de un lado, los partidarios de la ortodoxia financiera y del respeto de los tratados, del otro, los partidarios de la solidaridad entre los pueblos.

La realidad es muy diferente, «defendiendo a Grecia» contra los representantes alemanes, París no defendía al «pueblo» griego, menos aun a los proletarios en Grecia: el proyecto presentado por el gobierno griego y redactado en colaboración con responsables franceses mantenía todas las medidas antiobreras y antisociales exigidas por los acreedores europeos. Durante las negociaciones, el ministro francés de Finanzas utilizó el argumento de que si Grecia abandonaba la zona euro, no podría reembolsar su deuda; pero lo más inquietante para París y Roma era que una salida del euro pudiera desencadenar turbulencias económicas en la zona, asestando un severo golpe a las magras esperanzas de reactivación económica en Francia e Italia. La pretendida «defensa de Grecia» no era otra cosa que la defensa de los intereses nacionales franceses e italianos.

La posición de los dirigentes alemanes se diferenciaba en que la prosperidad de su economía podría asimilar mejor el shock de un «Grexit» (salida de Grecia del euro); lo que más les preocupaba, más allá de la perspectiva poco halagadora de acordar sin esperar a ser reembolsados nuevos créditos suplementarios a Grecia, era el de crear un precedente que podría ser invocado por gobiernos de otros países más fuertes, por ejemplo, España; de allí su voluntad, si el Grexit no se declara, de infligir condiciones punitivas a Grecia, y lanzar una advertencia a aquellos que traten de imitarla.

Por último, los Estados Unidos hicieron presión sobre Alemania por que Grecia no fuera arrojada de la zona euro y que su deuda fuese disminuida (3). Ello corresponde a su posición tradicional consistente en empujar a los europeos a abandonar las políticas de austeridad y de adoptar medidas de relance económico, ejerciendo el rol de locomotora de

un crecimiento mundial que se ralentiza; pero, en este caso preciso, su posición se explica sobre todo por la preocupación de evitar que un miembro de la OTAN que ocupa una posición estratégica clave, caiga en un marasmo económico que debilitaría sus capacidades militares. Sin embargo los Estados Unidos no querrán inmiscuirse directamente en las negociaciones, tal como les pedía Tsipras, el pretendido representante de la «izquierda radical», que esperaba encontrar un apoyo sólido en el imperialismo americano...

¡Ninguno de esos Estados podría preocuparse de la situación de los proletarios y las masas griegas, porque todos tienen como función defender el modo de producción capitalista contra sus propios proletarios y los de los países que estos dominan!

TODOS LOS ESTADOS BURGUESES Y TODAS LAS CLASES PROPIETARIAS SON ENEMIGOS DE LOS PROLETARIOS

Los proletarios griegos han recibido una dura lección cuyas enseñanzas, conformes al marxismo, son válidas para el resto del proletariado: es imposible defenderse contra los ataques capitalistas, sean estos nacionales o extranjeros, confiando en los mecanismos de la democracia parlamentaria; la papeleta del voto no es más que un pedazo de papel cuyos resultados no pueden de ninguna manera estar por encima de los intereses burgueses y resolver las contradicciones sociales que sus intereses engendran. Un pretendido «voto de clase», como el que se hizo a favor de un «no» y que fue aplaudido por la extrema izquierda europea, no es más que una triste ilusión: la lucha de clase no se desarrolla en los recintos parlamentarios, sino en las fábricas, en las empresas y en la calle. Las exigencias capitalistas no se pueden frenar tratando de conmovir a los burgueses con la descripción de los sufrimientos de la población, como pareciera que hicieron los negociadores griegos — ¡de acuerdo con hacer sufrir a los proletarios pero no tanto, por favor! — y que no suscitó más que un alzamiento de hombros. Los proletarios no deben esperar la piedad o la conmiseración de los capitalistas y de sus sirvientes, sino solo golpes; estos golpes pueden sin duda ser más o menos brutales, pero esto no es sino una diferencia de gradación debida a una diferencia de método: el método reformista es más suave porque evita en la medida de lo posible que estallen enfrentamientos sociales. Pero cuando los intereses burgueses son demasiado urgentes, el método reformista toma rápidamente la vía de los diktats y, cuando los enfrentamientos se desbordan, la vía de la violencia y la represión: Tsipras no es sino el enésimo ejemplo.

El «plan de rescate» concluido en Bruselas, con todos los sacrificios que este

impone, no solo a los proletarios y a las masas (aumento de la edad de jubilación hasta 67 años para algunos, reducción de las pensiones para los funcionarios del Estado, nuevos recortes sociales, aumento de los precios y de los impuestos, etc.) sino también a ciertas capas de la pequeña y mediana burguesía, con las restricciones de soberanía impuestas al Estado griego (suscitando gran escándalo de parte de los nacionalistas de «extrema-izquierda»), no resolverá los problemas que afronta el capitalismo heleno; para numerosos economistas, las medidas impuestas van por el contrario a agravar la situación, acentuando la depresión económica que viene sufriendo el país desde hace varios años. Es en todo caso la opinión del FMI, que luego de haber apoyado con todo su peso para que Atenas aceptara las condiciones impuestas por Bruselas, estimaba en un informe publicado el pasado 14 de julio, pero conocido por los responsables europeos, que dicho plan no era viable si los Estados europeos no aceptaban rebajar o anular la deuda griega — ¡lo que fue rechazado obstinadamente! Nuevas crisis, pues, son inevitables y nuevas medidas anti-obreras también...

La crisis griega no es sino la manifestación extrema de la crisis general del capitalismo en Europa y en el mundo; es por ello que la

alternativa, igualmente burguesa, de una salida de la zona euro y/o de la Unión Europea no puede ser una solución para los proletarios. Y lo que es posible para un Estado imperialista fuerte como la Gran Bretaña: fundar su prosperidad sobre una moneda independiente y pensar en quitar la UE, no lo es para el débil capitalismo heleno; las implacables leyes del mercado capitalista donde, en tiempos de crisis, no sobreviven sino los más fuertes, se aplicarían a este tal vez con mucha más violencia si abandona la alianza capitalista llamada Unión Europea. El capitalismo griego, privado o estatal, deberá sustraer plusvalía todavía más ferozmente a sus proletarios en nombre de la defensa de la patria, en realidad para resistir a sus competidores en el mercado mundial.

¡POR LA REANUDACIÓN DE LA LUCHA DE CLASE, POR LA CONSTITUCIÓN DEL PARTIDO DE CLASE INTERNACIONAL!

Para los proletarios no hay otra solución que romper con la colaboración de clase y con todos los partidos y sindicatos que la respaldan y tomar la vía de la lucha de clase anticapitalista. No es posible enfrentar y vencer a los capitalistas y su Estado sino por medio de la lucha abierta, adoptando los

métodos, medios y fines de clase:

Defensa intransigente de los solos intereses proletarios, organización independiente de clase, tanto en el plano de la lucha de defensa inmediata, como de la lucha general contra el capitalismo, constitución del partido político de clase, internacionalista e internacional, en ligazón con los proletarios de todos los países, para dirigir la lucha hasta la victoria revolucionaria.

Esta vía no es fácil, pero es la única **realista**, y los hechos han demostrado una vez más que la vía reformista y electoralista, colaboracionista y nacionalista, es una utopía mortífera, que no sirve sino a la burguesía.

partido comunista internacional,
18/7/2015

NOTAS:

(1) <http://www.rifondazione.it/prima-pagina/?p=18794>

(2) Toma de posición del 27/4/2015, www.pcint.org

(3) El ministro de Finanzas alemán respondía haciendo alusión a la situación de Puerto Rico. Este pequeño Estado caribeño, con estatus de «Estado asociado» a los Estados Unidos se encuentra también en quiebra, pero Washington rechaza toda ayuda.

La «Izquierda de la Izquierda griega» y el referéndum

Por falta de información no podemos llevar a cabo un análisis exhaustivo de las posiciones de las fuerzas políticas griegas que se hacen llamar de izquierdas. En particular, la posición de los anarquistas griegos que tienen un cierto peso entre la extrema izquierda es difícil de conocer. Diversos reagrupamientos anarquistas han llamado más o menos explícitamente a votar no porque esto abriría la «vía a una dinámica social imprevisible» (movimiento anti-autoritario de Tesalónica, 1/7/15) o porque permitiría «transformar el referéndum gubernamental en un gran no obrero y popular a la continuación de la política de los memorándums» (editorial de Indymedia Atenas, 5/7/15), mientras que los anarco-sindicalistas griegos llaman, después del referéndum, a «transformar la derrota del capital en una victoria real de la clase obrera» (Alternativa Libertaria 5/7/15) Esto muestra que a las ilusiones electoralistas tampoco se escapan los anarquistas: también creen, al menos una parte de ellos, que es posible utilizar las elecciones, el sistema electoral diseñado por la burguesía para desviar a los trabajadores de la lucha proletaria, para reforzar o iniciar esta lucha.

Los trotskistas

En el conflicto entre burgueses, que enfrenta al capitalismo griego y sus deudores, los trotskistas griegos han tomado parte por su capitalismo.

Esto se ha hecho evidente con el referéndum, en el que se trataba de aprobar las proposiciones de la Troika (votando Sí) o las del gobierno (votando No).

Sin sorpresas, la Troika (Comisión Europea, BCE y FMI) proponía incrementar la explotación de los proletarios para restaurar la tasa de beneficio de los capitalistas y asegurar el reembolso de las deudas que la

burguesía griega tiene con los bancos europeos. Lógicamente, menos para quien no lo quiere ver, el gobierno griego no ha propuesto sino otra versión de la misma política, con el mantenimiento de las compras de armamento bélico, de las ventajas fiscales para los armadores y con la continuación de la política de austeridad (aumento de la edad de jubilación, bajada de los salarios y de las pensiones, subida de los precios por el aumento del IVA en los productos de consumo, etc.)

Frente a este conflicto entre explotadores, los trotskistas griegos han respondido al

llamado de su burguesía, haciendo activamente campaña por el No. Hay que precisar que una parte de los grupos trotskistas griegos forma parte de Syriza, donde anima la corriente de izquierda, mientras que otra parte es miembro de la coalición Antarsya.

El SEK (Partido de los Trabajadores Socialistas) – miembro de la Tendencia Socialista Internacional (dirigida por el SWP británico) y parte de Antarsya llamaba a un «frente unido para anular la deuda, nacionalizar los bancos y salir del Euro y de la UE», un frente interclasista autor de reivindicaciones puramente burguesas – para «aplantar a quienes se mantienen fieles a la Troika» – y defensor del capital. Por consiguiente, la organización trotskista «exige que el gobierno de izquierda pase directamente a la puesta en marcha de las promesas que ha hecho al movimiento obrero con el fin de que le eligiese», es decir que Syriza aplique su programa, 100% reformista.

La OKDE (*Organosi Kommuniston Dithniston Ellados*, Organización de Comunistas Internacionalistas de Grecia), sección de la IV Internacional, Secretariado Unificado (CI-SU) tiene menos ilusiones en el gobierno

(sigue en pág. 18)

La Izquierda de la izquierda...

(viene de pág. 17)

y critica la incapacidad «de Syriza de entrar en conflicto con el gobierno del capital y las instituciones capitalistas». Es notorio que la OKDE ha tenido diferencias con la CI-SU porque, en su lugar, esta apoyó a Syriza en las elecciones. La OKDE rechaza entrar en el chantaje de la salida de la zona euro afirmando que «la clase obrera no puede y no debe estar asustada puesto que no tiene nada que perder con los controles de capital, o con una crisis general de la zona euro». Si llama a votar No en el referéndum, afirma no obstante que esta consigna no debe ser tomada en ningún caso como un voto de confianza en el gobierno de Syriza-Anel «porque en ciertas cuestiones, las propuestas del gobierno son más reaccionarias que aquellas de las instituciones». De la misma manera, la OKDE tanteó una tímida denuncia del electoralismo: «las elecciones no han sido nunca la solución mágica para desembarazarse de la austeridad, y el referéndum tampoco lo será».

Pero detrás de este radicalismo de fachada, se oculta el mismo nacionalismo. El objetivo sigue siendo «la ruptura con la UE y el FMI» (y «esta ruptura no puede ser llevada a cabo sólo mediante el voto») pero, después de haber manifestado sus reservas mentales sobre las elecciones, se zambulle en el movimiento electoral llamando a votar No, presentando a este como un «No global a la zona euro, a la UE y al FMI y no sólo a sus propuestas».

¡Nada que ver con un No a la burguesía griega», un No a la explotación capitalista o un No a la unidad nacional!

A nivel internacional, estas posiciones de la OKDE han sido recogidas por le CI-SU llamando a un «NO masivo a las exigencias de la troika el próximo domingo ¡Todas y todos junto al pueblo griego!» (proletariado, palabra desconocida): con ello la dirección trotskista logra reconciliarse con su sección local por la conformidad de ambos con Syriza y la difusión de las ilusiones sobre el referéndum...

Junto a estas corrientes, Xekinima – sección del Comité por una Internacional en Grecia e integrada en Syriza – se lleva la palma del seguidismo. No sólo aplaude la «buena decisión [del gobierno] al apelar a la voluntad del pueblo griego», sino que es franca y ridículamente entusiasta: «¡para los trabajadores, los pobres, los parados, los desesperados, este es un gran día! ¡La sonrisa puede volver a sus rostros!» ¡Ah, las delicias del juego electoral! Desgraciadamente la sonrisa rápidamente se transformó en llanto... Estos trotskistas se han vuelto los heraldos del nacionalismo griego. Según ellos, el referéndum opondría a «las fuerzas de la reacción (el BCE, el FMI, las multinacionales, etc.) con el *pueblo griego*», es decir «los trabajadores, los parados, los pobres, los pequeños empresarios y los empleos medios destrui-

dos por la crisis capitalista». ¡El eterno combate de la nación contra el capitalismo apátrida!

Clásicamente, este nacionalismo va de la mano con un profundo reformismo. La perspectiva ofrecida a los proletarios es que «las buenas políticas – las que rompen con el sistema podrido actual - sean aplicadas». Estas «buenas políticas» de nuestros trotskista tendrían un efecto milagroso sobre la crisis capitalista que golpea a Grecia: «Gracias a una serie de medidas, la economía griega podría resurgir y comenzar a servir a los intereses de la sociedad más allá de los beneficios de la plutocracia. Los controles de capital deben ser inmediatamente impuestos para impedir que el gran capital se lleve a otra parte su dinero y sus beneficios, en otros términos, la riqueza producto de nuestro trabajo. Debe instaurarse un límite a las retiradas de dinero de los bancos, suficientes para cubrir las necesidades de las familias de los trabajadores y de los pequeños empresarios, e impedir a los capitalistas sacar las reservas de los bancos». Mediante estas medidas, al capital griego le será posible no sólo permanecer en pie, sino servir al interés de «la sociedad». A través de este cuento de hadas ultra reformista, nuestros «trotskistas» hacen desaparecer las clases sociales...

Como sus congéneres argentinos y de todos los países, los trotskistas griegos son los vectores del social patriotismo en nombre de la lucha contra la deuda. Constituyen un peligroso obstáculo en el camino de la constitución del partido de clase y de la reanudación de la lucha de clase en Grecia contra la explotación capitalista.

El Partido Comunista Griego (KKE)

A diferencia de los trotskistas y de los anarquistas, el KKE tiene una influencia significativa en ciertos sectores de la clase obrera gracias a su agrupación sindical «PAME», disfruta de una cierta audiencia electoral y disponen de un grupo parlamentario (17 diputados). Es tanto más peligroso cuanto que muestra una oposición resuelta al gobierno de Syriza-Anel al cual recuerda que no ha abolido ninguna ley anti-social instaurada por los gobiernos precedentes; capaz incluso de criticar a quienes preconizan una salida del Euro y de la Unión Europea pero sin romper con el capitalismo.

Su amor desmesurado por la democracia parlamentaria le ha conducido a utilizar su servicio de orden para defender el parlamento contra las manifestaciones durante la huelga general de octubre de 2011. Su arraigado colaboracionismo interclasista le llevó a participar en 1988 en el gobierno durante algunos meses, aliado al principal partido burgués griego, Nueva Democracia.

Su perspectiva es la salida de la zona euro y de la Unión Europea de una Grecia que habría roto con el capitalismo mediante la nacionalización de los monopolios y el establecimiento de una «planificación científica»; de hecho no será una ruptura con el

capitalismo, sino el establecimiento de un capitalismo de Estado sobre el viejo modelo soviético, todas las relaciones capitalistas (salario, mercancía, organización económica por empresas, etc.) permanecerán intactas. El KKE llama, en todos los países de Europa, a la «lucha por el salida de la UE con los pueblos soberanos por su propio poder».

Si bien denuncia el «nacionalismo» de los «izquierdistas» de Antanarsya, el KKE no deja de ser tan nacionalista como estos: en la resolución política de su último congreso, en 2013, se encuentra un párrafo en el que se indica que está dispuesto a organizar una lucha de «resistencia obrero-popular» contra «el invasor» en el caso de una guerra imperialista con los países vecinos. Demos decir que Lenin y los bolcheviques preconizaban, por el contrario, el **derrotismo revolucionario** en el marco de una guerra imperialista; pero el estalinismo ha hecho mella en el KKE, quien desde la II Guerra Mundial cultiva el culto a la resistencia nacionalista. El KKE se esfuerza en constituir una «Alianza popular», reagrupación interclasista descrita como una alianza de la clase obrera con las clases medias para luchar contra los monopolios. Si el KKE afirma tener como «objetivo estratégico» el «socialismo-comunismo», el objetivo concreto es establecer un «poder popular», es decir, un «gobierno [...] que se desmarque del poder de los monopolios» (el objetivo del socialismo se relega así... a calendas griegas).

En cuanto al referéndum, el KKE primero había propuesto al parlamento que la pregunta girase sobre la aceptación o no de todos los planes de austeridad; pero, después del rechazo del gobierno, denunció la maniobra política que representaba el referéndum, dando por hecho que Tsipras seguiría discutiendo en Bruselas.

Pero, como son electoralistas hasta los tuétanos, llamaron a los electores a «manifestarse» depositando en las urnas una papeleta, diciendo no tanto a la alternativa de los acreedores como a la del gobierno – por lo tanto un voto nulo: «el pueblo debe decir no a las dos propuestas [...] Éste debe levantarse y luchar por la única solución que representa sus propios intereses, es decir, la ruptura con la UE y la vía de desarrollo actual» No hablan de ruptura con el capitalismo ni de la revolución socialista, algo que pondría en riesgo la alianza con las clases medias.

Último de los mohicanos del movimiento contrarrevolucionario internacional de matriz estalinista, el KKE continúa en Grecia la sucia labor de inocular en el proletariado el veneno nacionalista y hace todos los esfuerzos para desviar las posiciones de la lucha obrera hacia la vía interclasista. Será un adversario irreductible del proletariado cuando este reanude la lucha de clase: pese a todo su discurso, ha dado pruebas suficientes de su defensa irreductible e indudable del orden burgués.

(de *Le Proletaire* n° 516)

Algunas cifras sobre Grecia y su endeudamiento

Se puede ver que la deuda pública griega es relativamente poco importante en relación al endeudamiento del conjunto de la Eurozona o al endeudamiento de los grandes países europeos. Pero el problema es que las cajas del Estado griego ¡están vacías!

ACREEDORES DE GRECIA

Los acreedores son esencialmente las instituciones públicas (80% del total), europeas (Fondo Europeo de Estabilidad Financiera, en el que participan todos los estados de la UE, en función de su PIB, Banco Central Europeo, etc.) e internacionales (FMI), mientras que antes de la reestructuración de 2010 eran mayoritariamente privados (52%): estos –los bancos– no representan más que el 10% del total y sólo se trata de bancos griegos (los bancos extranjeros, alemanes y franceses, se retiraron del país sin muchas pérdidas, fueron los primeros beneficiarios del plan de «ayuda a Grecia»)

Un 10% corresponde a préstamos bilaterales a Grecia por parte de diversos estados. Los principales acreedores estatales (por préstamos bilaterales y por intermediación del FESF), en miles de millones de euros, son: Alemania, 56,5; Francia, 42,4; Italia, 37,2; España, 24,7; Países Bajos, 1,9; Bélgica, 7,2. Grecia paga intereses a estos países. (Datos extraídos de Le Monde 5-6/7/2015)

COMERCIO EXTERIOR.

En 2014 el comercio exterior ha arrojado un saldo negativo y el déficit ha aumentado: 14,1 miles de millones de euros de déficit contra 12,2 miles de millones en 2013, lo que constituye un enorme déficit del 27% en los intercambios de mercancías.

La UE representó en 2014 el 45% de

las exportaciones griegas y el 47,2% de sus importaciones, seguida por el comercio con los países de los Balcanes (Bulgaria, Rumanía, Croacia, Serbia, Macedonia, Albania, etc.) con los que Grecia arroja un excedente comercial de mil millones de euros. Los hidrocarburos dominan el comercio griego (35% de los intercambios) aunque la crisis económica ha hecho bajar las importaciones de petróleo. Además de productos petrolíferos Grecia importa productos manufacturados (en 2014 los navieros compraron particularmente a Corea del Sur), seguidos a cierta distancia de los productos alimenticios.

En lo que respecta a las exportaciones, se trata igualmente de productos petrolíferos, productos manufacturados (38% de las exportaciones) y de productos agrícolas (17% de las exportaciones)

PRINCIPALES PROVEEDORES DE GRECIA:

Rusia (productos petrolíferos) con un 10% de las mercancías, seguida por Alemania con un 9% , Irak (productos petrolíferos) con un 7,8%, Italia con un 7,5%, los Países Bajos con un 4,9% y finalmente Francia con un 4,5%.

PRINCIPALES CLIENTES:

Turquía con un 12,2% del total (las exportaciones consisten en un 70% de productos petrolíferos, seguidos por el algodón y los productos de este género) seguida por Italia con un 9,2%, Alemania con un 6,5%, Bulgaria con un 5% y Chipre con un 4,6%

(Fuente: servicios económicos de la embajada francesa en Atenas)

La pequeña Grecia (alrededor de 11 millones de habitantes) es una economía influyente en sus vecinos Balcanes. Los bancos griegos poseen más de una quin-

ta parte de los activos bancarios en Bulgaria y en Macedonia a la vez que están fuertemente implantados en Rumanía, Albania y Serbia. Grecia es la tercera inversora extranjera en Serbia y Macedonia. Las relaciones comerciales con estos países son importantes y toda crisis económica en Grecia tiene en ellos resonancias inmediatas; por ejemplo Bulgaria recibió 1 millón de turistas griegos en 2014, mientras que las restricciones bancarias actuales en Grecia han hecho caer su número al comienzo de la temporada. Además, la economía griega está más desarrollada y entre 700.000 y 1.000.000 de trabajadores de los países balcánicos (de los cuales dos terceras partes son albaneses) trabajan habitualmente en Grecia: el retorno de esta masa de trabajadores como consecuencia de la explosión de paro causada por la crisis griega tendrá inevitablemente graves consecuencias sociales.

(Cifras extraídas de *Wall Street Journal* 13/7/15)

le prolétaire

N° 516

(Juin - Juillet - Août 2015):

- La Grèce démontre une fois de plus qu'il est impossible de lutter contre les attaques capitalistes par la voie électorale et réformiste
- A bas la civilisation du capital !
- Parti et Classe (Amadeo Bordiga)
- Quelques Chiffres sur la Grèce et son endettement
- La «gauche de la Gauche grecque» et le référendum
- Seule l'union de classe donnera une perspective aux prolétaires migrants et autochtones
- En Espagne, une grève exemplaire. Grève des travailleurs de Movistar: Il est possible de lutter contre les conditions d'exploitation imposées par la bourgeoisie! Il est possible de vaincre si on utilise les moyens et les méthodes classistes!
- Curiosités. Le cas PAZOC

Precio: 1 euro / 4,5 FS / £ 1,5 / 60 DA / 10 DH / 500 F CFA - leproletaire@pcint.org

Deuda pública total de la Zona Euro: 9233 millardos de euros.

País	Deuda (en miles de millones)	% sobre el total Zona Euro	% sobre el PIB nacional
Grecia	321,7	3,48	176
Portugal	225,9	2,4	130,2
Italia	2134	23	134
Francia	2004	22,5	95
Alemania	1826	19,7	74,7
España	1046	11	98
Gran Bretaña	1300	No forma parte	89,4

El programa del partido comunista internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales,

hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos seudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeñoburguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.